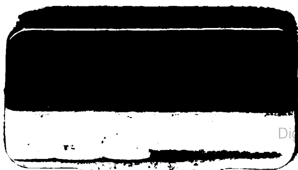
BARDOS CUBANOS


PRAESIDIUM
SEAL OF THE UNIVERSITY OF TEXAS



BARDOS CUBANOS

ANTOLOGÍA DE LAS MEJORES POESÍAS LÍRICAS DE HEREDIA, «PLÁCIDO,» AVELLANEDA, MILANÉS, MENDIVE, LUACES, Y ZENEA

POR

ELIJAH CLARENCE HILLS



BOSTON, EE.UU.
D. C. HEATH Y CÍA., EDITORES

2 G 3

Printed in U. S. A.

PROLOGO

Esta antología contiene las mejores poesías líricas de los bardos cubanos: Heredia, « Plácido,» Avellaneda, Milanés, Mendive, Luaces, y Zenea, — comprendiendo algunas de las patrióticas no publicadas antes en la isla de Cuba por haberlo impedido la censura oficial. Contiene también las biografías de los poetas, una bibliografía, y un apéndice. Se espera fundadamente que esta obrita tendrá buena acogida por parte de todos los que amen las letras, y que facilitará el estudio de la literatura cubana en los colegios y las escuelas superiores.

La poesía cubana, aunque parte integrante de la española, presenta peculiaridades muy necesarias de estudio... Y los bardos cubanos, por su grande ingenio y los indisputables méritos de sus composiciones, por la dulzura de sus versos de una forma tan correcta como armoniosa, y por las gracias seductoras de estilo y lenguage, son muy dignos de que sean estudiados.

Se ha dicho que la poesía de un país es la legítima expresión de las aspiraciones del pueblo, y que puede estimarse como poderoso medio para su adelanto moral y político. Si esto es la verdad ¿no se debe consagrar mucho tiempo, en los colegios y escuelas cubanas, al estudio de la poesía del propio país, ya que ello adelantará también el naciente sentimiento nacional?

Además, admitiéndose generalmente que la afición á la literatura de otros países despierta la simpatía y debida consideración por sus habitantes, se aspira á que esta obrita inicie el estudio de la literatura cubana en los establecimientos docentes de los Estados Unidos, donde se consagra mucho tiempo al idioma castellano y los clásicos españoles, mientras que la excelente literatura de la adyacente isla de Cuba pasa tan poco apreciada cuanto que muchas personas desconocen su existencia.

Réstame sólo manifestar mi agradecimiento á los que con tanta bondad me han ayudado á hacer esta colección de poesías cubanas, á saber: el Prof. Bruno V. Miranda de la Habana; el Dr. Eduardo Díaz, director del Instituto de Segunda Enseñanza, Matanzas; el Dr. J. D. M. Ford, catedrático de la Universidad de Harvard, Cambridge, Mass.; el conspicuo crítico cubano Sr. Enrique Piñeyro; y, en especial, la distinguida Srta Pilar Lluy de la Habana.

ELIJAH CLARENCE HILLS

BARDOS CUBANOS

HEREDIA

José María Heredia y Campuzano* nació en Santiago de Cuba el 31 de diciembre de 1803. Sus padres eran naturales de Santo Domingo. Con su familia pasó Heredia, muy niño, á la Florida, luego á Santo Domingo, y algo después (1812) á Venezuela. Cuando contaba diez años, comenzó en Caracas los estudios de filosofía. De Caracas pasó Heredia á Méjico, y de allí volvió á la Habana (1817) y entró en la Universidad. Habiendo obtenido el grado de Bachiller en derecho civil, pasó á Méjico, y muerto allí su padre, regresó á la Habana. Se recibió de abogado (1823), y en seguida fijó su residencia en Matanzas. Complicado en una conspiración contra el gobierno español, fué desterrado de Cuba (1823), y pasó á los Estados Unidos donde residió dos años, utilizando para ganarse la subsistencia los conocimientos que poseía, y dando lecciones de castellano.

Llamado Heredia por el presidente Guadalupe Victoria, pasó á Méjico (1825). Fué nombrado sucesivamente fiscal de la Audiencia, catedrático de Literatura é Historia, rector del Instituto del Gobierno, y presidente de la junta de Instrucción Pública. También fué elegido legislador del Estado. En el desempeño de estos y otros cargos se captó generales simpatías, sirviendo á todos como amigo, y ganando reputación de juez íntegro é incorruptible. Se casó (1827) con la mejicana Jaida Yáñez.

* El sonetista francés, José Maria Hérédia, nació también en Cuba, y es primo de nuestro poeta cubano.

Heredia pidió permiso para pasar á Cuba á ver á su madre y hermanas, y á pesar de la amnistía se le concedió sólo por cuatro meses; con lo cual llegó á Matanzas (1836) al cabo de trece años de expatriación. Regresó á Méjico, y murió en Toluca el 12 de mayo de 1839.

La existencia de Heredia fué triste y sombría: de aquí la dulce melancolía de sus versos. Amante de su país, vivió y murió apartado de él. Pensamientos de dolor por Cuba, su amada patria, se expresan en casi todos sus versos. « Poeta de elevada inspiración,» dice Roque Barcía en su Diccionario, « de una forma tan correcta como armoniosa y viril, está conceptuado, con razón, como uno de los regeneradores de la poesía americana.» No sólo por su grande ingenio, sino por el colorido tropical de sus versos, inauguró una época brillante en la poesía de Cuba.

En la losa que cubre sus restos se lee esta inscripción:

Su cuerpo envuelve del sepulcro el velo;
Pero le hacen la ciencia, la poesía,
Y la pura virtud que en su alma ardía,
Inmortal en la tierra y en el cielo.

LA LÁGRIMA DE PIEDAD

¡Cómo exalta y diviniza
El rostro de la hermosura
La expresión celeste y pura
De la sensibilidad!

¡Cuán estático, mi amiga,
Tu semblante contemplaba,
Cuando en tus ojos temblaba
La lágrima de piedad!

Grata es la luz apacible
Que occidente nos envía
Cuando el expirante día
Sepulta la eternidad.

Del crepúsculo es la hora
Grata al alma pensativa;
Pero muy más la cautiva
La lágrima de piedad.
Ved á la virgen amable
Cuanto más bella se ostenta,
Si al pobre anciano alimenta
Con modesta caridad.
¡Y lo niega ruborosa!
¿Es un ángel, ó una bella?...
¡Ved!...en sus ojos centella
La lágrima de piedad.
El delicioso rocío
Que vierte nocturno cielo,
Llanto es, y al árido suelo
Torna frescura y beldad.
Cuajado sobre las flores,
¡Cómo en la luz resplandece!
Pero su brillo oscurece
La lágrima de piedad.
¡Cuánto es horrible la vida
Al que ama desesperado!
¡Cómo del objeto amado
Le atormenta la beldad!
¡Una lágrima!... Bendigo
Todo el rigor de mi suerte....
¿Es el amor quien la vierte,
Ó es lágrima de piedad?
¡Oh mi bien! ¡Ay!... No te ofenda
El escuchar que te adoro:
Nos divide, no lo ignoro,
Tirana desigualdad.

Nada exijo.... ¿Por ventura
Deberás negar impía
Á la triste pasión mía
Lágrimas ¡ay! de piedad?

EN EL TEOCALLI DE CHOLULA

¡Cuánto es bella la tierra que habitaban
Los aztecas valientes! En su seno
En una estrecha zona concentrados
Con asombro se ven todos los climas
Que hay desde el polo al ecuador. Sus llanos
Cubren á par de las doradas mieses
Las cañas deliciosas. El naranjo
Y la piña y el plátano sonante,
Hijos del suelo equinoccial, se mezclan
Á la frondosa vid, al pino agreste,
Y de Minerva al árbol majestuoso.
Nieve eternal corona las cabezas
De Iztaccíhual purísimo, Orizaba
Y Popocatepec; sin que el invierno
Toque jamás con destructora mano
Los campos fertilísimos, do ledo
Los mira el indio en púrpura ligera
Y oro teñirse, reflejando el brillo
Del Sol en occidente, que sereno
En hielo eterno y perennal verdura
Á torrentes vertió su luz dorada,
Y vió á naturaleza conmovida
Con su dulce calor hervir en vida.

Era la tarde: su ligera brisa
Las alas en silencio ya plegaba
Y entre la hierba y árboles dormía,
Mientras el ancho sol su disco hundía
Detrás de Iztaccíhual. La nieve eterna
Cual disuelta en mar de oro, semejaba
Temblar en torno de él: un arco inmenso
Que del empíreo en el cenit finaba
Como espléndido pórtico del cielo
De luz vestido y centellante gloria,
De sus últimos rayos recibía
Los colores riquísimos. Su brillo
Desfalleciendo fué: la blanca luna
Y de Venus la estrella solitaria
En el cielo desierto se veían.
¡Crepúsculo feliz! Hora más bella
Que la alma noche ó el brillante día.
¡Cuánto es dulce tu paz al alma mía!

Hallábame sentado en la famosa
Choluteca pirámide. Tendido
El llano inmenso que ante mí yacía,
Los ojos á espaciarse convidaba.
¡Qué silencio! ¡qué paz! ¡Oh! ¿quién diría
Que en estos bellos campos reina alzada
La bárbara opresión, y que esta tierra
Brota mieses tan ricas, abonada
Con sangre de hombres, en que fué inundada
Por la superstición y por la guerra?...

Bajó la noche en tanto. De la esfera
El leve azul, oscuro y más oscuro

Se fué tornando: la movible sombra
De las nubes serenas, que volaban
Por el espacio en alas de la brisa,
Era visible en el tendido llano.
Iztaccíhual purísimo volvía
Del argentado rayo de la luna
El plácido fulgor, y en el oriente
Bien como puntos de oro centellaban
Mil estrellas y mil.... ¡Oh! yo os saludo
Fuentes de luz, que de la noche umbría
Ilumináis el velo,
Y sois del firmamento poesía.

Al paso que la luna declinaba,
Y al ocaso fulgente descendía
Con lentitud, la sombra se extendía
Del Popocatepec, y semejaba
Fantasma colosal. El arco oscuro
Á mí llegó, cubrióme, y su grandeza
Fué mayor y mayor, hasta que al cabo
En sombra universal veló la tierra.

Volví los ojos al volcán sublime,
Que velado en vapores transparentes,
Sus inmensos contornos dibujaba
De occidente en el cielo.
¡Gigante del Anáhuac! ¿cómo el vuelo
De las edades rápidas no imprime
Alguna huella en tu nevada frente?
Corre el tiempo veloz, arrebatando
Años y siglos como el norte fiero
Precipita ante sí la muchedumbre

De las olas del mar. Pueblos y reyes
Viste hervir á tus pies, que combatían
Cual hora combatimos, y llamaban
Eternas sus ciudades, y creían
Fatigar á la tierra con su gloria.
Fueron: de ellos no resta ni memoria.
¿Y tú eterno serás? Tal vez un día
De tus profundas bases desquiciado
Caerás; abrumará tu gran ruïna
Al yermo Anáhuac; alzaránse en ella
Nuevas generaciones y orgullosas,
Que fuiste negarán....
Todo perece
Por ley universal. Aun este mundo
Tan bello y tan brillante que habitamos,
Es el cadáver pálido y deforme
De otro mundo que fué....

En tal contemplación embebecido
Sorprendióme el sopor. Un largo sueño
De glorias engolfadas y perdidas
En la profunda noche de los tiempos,
Descendió sobre mí. La agreste pompa
De los reyes aztecas desplegóse
Á mis ojos atónitos. Veía
Entre la muchedumbre silenciosa
De emplumados caudillos levantarse
El déspota salvaje en rico trono,
De oro, perlas y plumas recamado;
Y al son de caracoles belicosos
Ir lentamente caminando al templo
La vasta procesión, do la aguardaban

Sacerdotes horribles, salpicados
Con sangre humana rostros y vestidos.
Con profundo estupor el pueblo esclavo
Las bajas frentes en el polvo hundía,
Y ni mirar á su señor osaba,
De cuyos ojos férvidos brotaba
La saña del poder.
                    Tales ya fueron
Tus monarcas, Anáhuac, y su orgullo:
Su vil superstición y tiranía
En el abismo del no ser se hundieron.
Sí, que la muerte, universal señora,
Hiriendo á par al déspota y esclavo,
Escribe la igualdad sobre la tumba.
Con su manto benéfico el olvido
Tu insensatez oculta y tus furores
Á la raza presente y la futura.
Esta inmensa estructura
Vió á la superstición más inhumana
En ella entronizarse. Oyó los gritos
De agonizantes víctimas, en tanto
Que el sacerdote, sin piedad ni espanto,
Les arrancaba el corazón sangriento;
Miró el vapor espeso de la sangre
Subir caliente al ofendido cielo
Y tender en el sol fúnebre velo,
Y escuchó los horrendos alaridos
Con que los sacerdotes sofocaban
El grito del dolor.
                    Muda y desierta
Ahora te ves, Pirámide. ¡Más vale
Que semanas de siglos yazgas yerma,

Y la superstición á quien serviste
En el abismo del infierno duerma!
Á nuestros nietos últimos, empero
Sé lección saludable; y hoy al hombre
Que ciego en su saber fútil y vano
Al cielo, cual Titán, truena orgulloso,
Sé ejemplo ignominioso
De la demencia y del furor humano.

Á MI CABALLO

Amigo de mis horas de tristeza,
Ven, alíviame, ven. Por las llanuras
Desalado, arrebátame, y perdido
En la velocidad de tu carrera,
Olvide yo mi desventura fiera.
Huyeron de mi amor las ilusiones
Para nunca volver, de paz y dicha
Llevando tras de sí las esperanzas.
Corrióse el velo: desengaño impío
El fin señala del delirio mío.
¡Oh! ¡Cuánto me fatigan los recuerdos
Del pasado placer! ¡Cuánto es horrible
El desierto de una alma desolada,
Sin flores de esperanza ni frescura!
Ya ¿qué la resta? — Tedio y amargura.
¡Este viento del sur!... ¡ay! me devora.
¡Si pudiera dormir!... En dulce olvido,
En pasajera muerte sepultado,
Mi ardor calenturiento se templara,
Y mi alma triste su vigor cobrara.
¡Caballo! ¡Fiel amigo! Yo te imploro.

Volemos ¡ay! Quebrante la fatiga
Mi cuerpo débil: y quizá benigno
Sobre la árida frente de tu dueño
Sus desmayadas alas tienda el sueño.
  Débate yo tan dulce refrigerio....
Mas otra vez avergonzar me hiciste
De mi insana crueldad, y mi delirio,
Al contemplar mis pies ensangrentados,
Y tus hijares ¡ay! despedazados.
  Perdona mi furor: el llanto mira
Que se agolpa á mis párpados.... Amigo,
Cuando mis gritos resonar escuches,
No guardes, no, la devorante espuela,
La crin sacude, alza la frente, y vuela.

EN UNA TEMPESTAD

  Huracán, huracán, venir te siento,
Y en tu soplo abrasado
Respiro entusiasmado
Del señor de los aires el aliento.

  En las alas del viento suspendido
Vedle rodar por el espacio inmenso,
Silencioso, tremendo, irresistible,
En su curso veloz. La tierra en calma
Siniestra, misteriosa,
Contempla con pavor su faz terrible.
¿Al toro no miráis? El suelo escarban
De insoportable ardor sus pies heridos:
La frente poderosa levantando,

Y en la hinchada nariz fuego aspirando,
Llama la tempestad con sus bramidos.

¡Qué nubes! ¡qué furor! El sol temblando
Vela en triste vapor su faz gloriosa,
Y su disco velado sólo vierte
Luz fúnebre y sombría,
Que no es noche ni día....
¡Pavoroso color, velo de muerte!
Los pajarillos tiemblan y se esconden
Al acercarse el huracán bramando,
Y en los lejanos montes retumbando
Le oyen los bosques, y á su voz responden.

Llega ya.... ¿No le veis? ¡Cuál desenvuelve
Su manto aterrador y majestuoso!...
¡Gigante de los aires, te saludo!...
En fiera confusión el viento agita
Las orlas de su parda vestidura....
¡Ved!... ¡En el horizonte
Los brazos rapidísimos enarca,
Y con ellos abarca
Cuanto alcanzo á mirar de monte á monte!

¡Oscuridad universal!... ¡Su soplo
Levanta en torbellinos
El polvo de los campos agitado!...
En las nubes retumba despeñado
El carro del Señor, y de sus ruedas
Brota el rayo veloz, se precipita,
Hiere y aterra al suelo,
Y su lívida luz inunda al cielo.

¿Qué rumor? ¿Es la lluvia?... Desatada
Cae á torrentes, oscurece al mundo,
Y todo es confusión, horror profundo.
Cielo, nubes, colinas, caro bosque,
¿Dó estáis?... Os busco en vano:
Desparecisteis.... La tormenta umbría
En los aires revuelve un océano
Que todo lo sepulta....
Al fin, mundo fatal, nos separamos:
El huracán y yo solos estamos.

¡Sublime tempestad! ¡Cómo en tu seno,
De tu solemne inspiración henchido,
Al mundo vil y miserable olvido,
Y alzo la frente, de delicia lleno!
¿Dó está el alma cobarde
Que teme tu rugir?... Yo en ti me elevo
Al trono del Señor: oigo en las nubes
El eco de su voz; siento á la tierra
Escucharle y temblar. Ferviente lloro
Desciende por mis pálidas mejillas,
Y su alta majestad trémulo adoro.

NIÁGARA

Templad mi lira, dádmela, que siento
En mi alma estremecida y agitada
Arder la inspiración. ¡Oh! ¡cuánto tiempo
En tinieblas pasó, sin que mi frente
Brillase con su luz!... Niágara undoso,
Tu sublime terror sólo podría

Tornarme el don divino, que ensañada
Me robó del dolor la mano impía.

Torrente prodigioso, calma, calla
Tu trueno aterrador: disipa un tanto
Las tinieblas que en torno te circundan;
Déjame contemplar tu faz serena,
Y de entusiasmo ardiente mi alma llena.
Yo digno soy de contemplarte: siempre
Lo común y mezquino desdeñando,
Ansié por lo terrífico y sublime.
Al despeñarse el huracán furioso,
Al retumbar sobre mi frente el rayo,
Palpitando gocé: ví al Océano
Azotado por austro proceloso,
Combatir mi bajel, y ante mis plantas
Vórtice hirviendo abrir, y amé el peligro.
Mas del mar la fiereza
En mi alma no produjo
La profunda impresión que tu grandeza.

Sereno corres, majestuoso; y luego
En ásperos peñascos quebrantado,
Te abalanzas violento, arrebatado,
Como el destino irresistible y ciego.
¿Qué voz humana describir podría
De la sirte rugiente
La aterradora faz? El alma mía
En vago pensamiento se confunde
Al mirar esa férvida corriente,
Que en vano quiere la turbada vista
En su vuelo seguir al borde oscuro

Del precipicio altísimo: mil olas,
Cual pensamiento rápidas pasando,
Chocan, y se enfurecen,
Y otras mil y otras mil ya las alcanzan,
Y entre espuma y fragor desaparecen.

¡Ved! ¡llegan, saltan! El abismo horrendo
Devora los torrentes despeñados:
Crúzanse en él mil iris, y asordados
Vuelven los bosques el fragor tremendo.
En las rígidas peñas
Rómpese el agua: vaporosa nube
Con elástica fuerza
Llena el abismo en torbellino, sube,
Gira en torno, y al éter
Luminosa pirámide levanta,
Y por sobre los montes que le cercan
Al solitario cazador espanta.

Mas ¿qué en ti busca mi anhelante vista
Con inútil afán? ¿Por qué no miro
Al rededor de tu caverna inmensa
Las palmas ¡ay! las palmas deliciosas,
Que en las llanuras de mi ardiente patria
Nacen del sol á la sonrisa, y crecen,
Y al soplo de las brisas del Océano
Bajo un cielo purísimo se mecen?

Este recuerdo á mi pesar me viene....
Nada ¡oh Niágara! falta á tu destino,
Ni otra corona que el agreste pino
Á tu terrible majestad conviene.

La palma y mirto y delicada rosa
Muelle placer inspiren y ocio blando
En frívolo jardín: á ti la suerte
Guardó más digno objeto, más sublime.
El alma libre, generosa, fuerte,
Viene, te ve, se asombra,
El mezquino deleite menosprecia
Y aun se siente elevar cuando te nombra.

¡Omnipotente Dios! En otros climas
Ví monstruos execrables,
Blasfemando tu nombre sacrosanto,
Sembrar error y fanatismo impío,
Los campos inundar con sangre y llanto,
De hermanos atizar la infanda guerra,
Y desolar frenéticos la tierra.
Vílos, y el pecho se inflamó á su vista
En grave indignación. Por otra parte
Ví mentidos filósofos, que osaban
Escrutar tus misterios, ultrajarte,
Y de impiedad al lamentable abismo
Á los míseros hombres arrastraban.
Por eso te buscó mi débil mente
En la sublime soledad: ahora
Entera se abre á ti; tu mano siente
En esta inmensidad que me circunda,
Y tu profunda voz hiere mi seno
De este raudal en el eterno trueno.

¡Asombroso torrente!
¡Cómo tu vista el ánimo enagena
Y de terror y admiración me llena!

¿Dó tu origen está? ¿Quién fertiliza
Por tantos siglos tu inexhausta fuente?
¿Qué poderosa mano
Hace que al recibirte
No rebose en la tierra el Océano?

Abrió el Señor su mano omnipotente;
Cubrió tu faz de nubes agitadas,
Dió su voz á tus aguas despeñadas,
Y ornó con su arco tu terrible frente.
¡Ciego, profundo, infatigable corres,
Como el torrente oscuro de los siglos
En insondable eternidad!... ¡Al hombre
Huyen así las ilusiones gratas,
Los florecientes días,
Y despierta al dolor!... ¡Ay! agostada
Yace mi juventud; mi faz, marchita;
Y la profunda pena que me agita
Ruga mi frente de dolor nublada.

Nunca tanto sentí como este día
Mi soledad y mísero abandono
Y lamentable desamor.... ¿Podría
En edad borrascosa
Sin amor ser feliz? ¡Oh! si una hermosa
Mi cariño fijase,
Y de este abismo al borde turbulento
Mi vago pensamiento
Y ardiente admiración acompañase!
¡Cómo gozara, viéndola cubrirse
De leve palidez, y ser más bella
En su dulce terror, y sonreírse

Al sostenerla mis amantes brazos....
Delirios de virtud.... ¡Ay! ¡Desterrado,
Sin patria, sin amores,
Sólo miro ante mí llanto y dolores!

¡Niágara poderoso!
¡Adiós! ¡adiós! Dentro de pocos años
Ya devorado habrá la tumba fría
Á tu débil cantor. ¡Duren mis versos
Cual tu gloria inmortal! ¡Pueda piadoso,
Viéndote algún viajero,
Dar un suspiro á la memoria mía!
Y al abismarse Febo en occidente,
Feliz yo vuele do el Señor me llama,
Y al escuchar los ecos de mi fama,
Alce en las nubes la radiosa frente.

AL SOL

Yo te amo, Sol: tú sabes cuan gozoso,
Cuando en las puertas del oriente asomas,
Siempre te saludé. Cuando tus rayos
Nos arrojas fogoso
Desde tu trono en el desierto cielo,
Del bosque hojoso entre la sombra grata,
Me deleito al bañarme en la frescura
Que los céfiros vierten en su vuelo;
Y me abandono á mil cavilaciones
De inefable dulzura
Cuando reclinas la radiosa frente
En las trémulas nubes de occidente.

Empero el opulento en su delirio
Sólo de vicios y maldad ansioso,
Rara vez alza á ti su faz ingrata.
Tras el festín nocturno crapuloso
Tu luz sus ojos lánguidos maltrata,
Y tu fuego le ofende,
Tu fuego puro, que en tu amor me enciende.
¡Oh! si el oro fatal cierra las almas
Á admirar y gozar, yo lo desprecio;
Disfruten otros su letal riqueza,
Y yo contigo mi feliz pobreza.

¡Oh! ¡cuánto en el Anáhuac
Por tu ardor suspiré! Mi cuerpo helado
Mirábase encorvado
Hacia la tumba oscura.
En el invierno rígido, inclemente,
Me viste, al contemplar tu tibio rayo,
Triste acordarme del fulgor de mayo,
Y alzar á ti la moribunda frente.
«¡Dadme,» clamaba, «dadme un sol de fuego,
Y bajo el agua, sombras y verdura,
Y me veréis feliz!...» Tú, Sol, tú solo
Mi vida conservaste: mis dolores
Cual humo al alquilón desaparecieron,
Cuando en Cuba tus rayos bienhechores
En mi pálida faz resplandecieron.

¡Mi patria!... ¡Oh Sol! Mi suspirada Cuba
¿Á quién debe su gloria,
Á quién su eterna virginal belleza?
Sólo á tu amor. Del capricornio al cáncer
En giro eterno recorriendo el centro,

Jamás de ella te apartas, y á tus ojos
De cocoteros cúbrese y de palmas,
Y naranjos preciosos, cuya pompa
Nunca destroza el inclemente hielo.
Tus rayos en sus vegas
Desenvuelven los lirios y las rosas,
Maduran la más dulce de las plantas,
Y del café las sales deliciosas.
Cuando en tu ardor vivífico la viertes
Larga fuente de vida y de ventura,
¿No te gozas ¡oh Sol! en su hermosura?

Mas á veces también por nuestras cumbres
Truena la tempestad. Entristecido
Velas tu pura faz, mientras las nubes
Sus negras olas por el aire ardiente
Revuelven con furor, y comprimido
Ruge el rayo impaciente,
Estalla, luce, hiere y un diluvio
De viento, agua y fuego se desata
Sobre la tierra trémula, y el caos
Amenaza tornar.... Mas no, que lanzas
¡Oh Sol! tu dardo irresistible, y rompe
La confusión de nubes y á la tierra
Llega á dar esperanza. Ella con ansia
Le recibe, sonríe, y rebramando
Huye ante ti la tempestad. Más puro
Centella tu ancho disco en occidente.
Respira el mundo paz: bosque y pradera
Se ornan de nuevas galas,
Mientras al cielo con la tierra uniendo
El iris tiende sus brillantes alas.

¡Alma de la creación! Cuando el Eterno
Del primitivo caos
Con imperiosa voz sacó la tierra,
¿Qué fué sin tu presencia? Yermo triste
Do inmóviles reinaban
Frialdad, silencio, oscuridad.... Empero
La voz omnipotente
Dijo: *¡Enciéndase el Sol!* y te encendiste,
Y brotaste la luz, que en raudo vuelo
Pobló los campos del desierto cielo.

¡Oh! ¡cuán ardiente, al recibir la vida,
Al curso eterno te lanzaste luego!
¡Cómo al sentir tu delicioso fuego,
Se animó la creación estremecida!
La sombra de los bosques,
El cristal de las aguas,
Las brisas y las flores,
Y el rutilante cielo y sus colores
Á una mirada tuya parecieron,
Y el placer y la vida
Su germen inmortal desenvolvieron.

Y esos planetas, tu feliz corona,
Te obedecen también: raudos giraban
Sin órbita ni centro
Del éter en las vastas soledades.
El creador soberano sugetólos
Á tu poder, y les pusiste rienda,
Á tu fuerte atracción los enlazaste,
Y en derredor de ti los obligaste
Á que siguiesen inerrable senda.

Y tú sigues la tuya, que eres sólo
Criatura como yo, y estrella débil,
(Como las que arden por la noche umbría
En el cielo sin nubes) en presencia
De tu Hacedor y mi Hacedor, que eterno,
Omniscio, omnipotente, dirigiendo
Con designios profundos
Tantos millones férvidos de mundos,
Reina en el corazón del universo.

Espejo ardiente en que el señor se mira,
Ya nos dé vida en tu fulgor sereno,
Ya con el rayo y espantoso trueno
Al mundo lance su terrible ira;
Gloria del universo,
Del empíreo señor, padre del día,
¡Sol! oye: si mi mente
Alta revelación no iluminara,
En mi entusiasmo ardiente
Á ti, rey de los astros, adorara.

Así en los campos de la antigua Persia
Resplandeció tu altar; así en el Cuzco
Los Incas y su pueblo te acataban.
¡Los Incas! ¿Quién, al pronunciar su nombre,
Si no nació perverso,
Podrá el llanto frenar?... Sencillo y puro,
De sus criaturas en la más sublime
Adorando al autor del universo
Aquel pueblo de hermanos,
Alzaba á ti sus inocentes manos.

¡Oh dulcísimo error! ¡Oh Sol! Tú viste
Á tu pueblo inocente
Bajo el hierro inclemente
Como pálida mies gemir segado.
Vanamente sus ojos moribundos
Por venganza ó favor á ti se alzaban:
Tú los desatendías,
Y tu carrera eterna proseguías,
Y sangrientos y yertos expiraban.

Á EMILIA

Desde el suelo fatal de mi destierro
Tu triste amigo, Emilia deliciosa,
Te dirige su voz; su voz que un día
En los campos de Cuba florecientes
Virtud, amor y plácida esperanza
Cantó felice, de tu bello labio
Mereciendo sonrisa aprobadora,
Que satisfizo su ambición. Ahora
Sólo gemir podrá la triste ausencia
De todo lo que amó, y enfurecido
Tronar contra los viles y tiranos
Que ajan de nuestra patria desolada
El seno virginal. Su torvo ceño
Mostróme el despotismo vengativo,
Y en torno de mi frente acumulada
Rugió la tempestad. Bajo tu techo
La venganza burlé de los tiranos.
Entonces tu amistad celeste, pura,
Mitigaba el horror á los insomnios

De tu amigo proscripto y sus dolores.
Me era dulce admirar tus formas bellas
Y atender á tu acento regalado,
Cual lo es al miserable encarcelado
El aspecto del cielo y las estrellas.
Horas indefinibles, inmortales,
De angustia tuya y de peligro mío,
¡Cómo volaron! — Extranjera nave
Arrebatóme por el mar sañudo,
Cuyas oscuras, turbulentas olas
Me apartan ya de playas españolas.

Heme libre por fin: heme distante
De tiranos y siervos. Mas, Emilia,
¡Qué mudanza cruel! Enfurecido
Brama el viento invernal: sobre sus alas
Vuela y devora el suelo desecado
El hielo punzador. Espesa niebla
Vela el brillo del sol, y cierra el cielo,
Que en dudoso horizonte se confunde
Con el oscuro mar. Desnudos gimen
Por doquiera los árboles la saña
Del viento azotador. Ningún ser vivo
Se ve en los campos. Soledad inmensa
Reina y desolación, y el mundo yerto
Sufre de invierno cruel la tiranía.
Y es ésta la mansión que trocar debo
Por los campos de luz, el cielo puro,
La verdura inmortal y eternas flores
Y las brisas balsámicas del clima
En que el primero sol brilló á mis ojos
Entre dulzura y paz?... Estremecido

Me detengo, y agólpanse á mis ojos
Lágrimas de furor.... ¿Qué importa? Emilia,
Mi cuerpo sufre, pero mi alma fiera
Con noble orgullo y menosprecio aplaude
Su libertad. Mis ojos doloridos
No verán ya mecerse de la palma
La copa gallardísima, dorada
Por los rayos del sol en occidente;
Ni á la sombra del plátano sonante
El ardor burlaré del medio día,
Inundando mi faz en la frescura
Que espira el blando céfiro. Mi oído,
En lugar de tu acento regalado,
Ó del eco apacible y cariñoso
De mi madre, mi hermana y mis amigas,
Tan sólo escucha de extranjero idioma
Los bárbaros sonidos: pero al menos
No lo fatiga del tirano infame
El clamor insolente, ni el gemido
Del esclavo infeliz, ni del azote
El crujir execrable que emponzoñan
La atmósfera de Cuba. ¡Patria mía,
Idolatrada patria! tu hermosura
Goce el mortal en cuyas torpes venas
Gire con lentitud la yerta sangre,
Sin alterarse al grito lastimoso
De la opresión. En medio de tus campos
De luz vestidos y genial belleza,
Sentí mi pecho férvido agitado
Por el dolor, como el Océano brama
Cuando le azota el norte. Por las noches,
Cuando la luz de la callada luna

Y del limón el delicioso aroma,
Llevado en alas de la tibia brisa,
Á voluptuosa calma convidaban,
Mil pensamientos de furor y saña
Entre mi pecho hirviendo, me nublaban
El congojado espíritu y el sueño
En mi abrasada frente no tendía
Sus alas vaporosas. De mi patria
Bajo el hermoso y desnublado cielo
No pude resolverme á ser esclavo
Ni consentir que todo en la natura
Fuese noble y feliz, menos el hombre.
Miraba ansioso al cielo y á los campos
Que en derredor callados se tendían,
Y en mi lánguida frente se veían
La palidez mortal y la esperanza.

Al brillar mi razón, su amor primero
Fué la sublime dignidad del hombre,
Y al murmurar de patria el dulce nombre,
Me llenaba de horror el extranjero.
¡Pluguiese al cielo, desdichada Cuba,
Que tu suelo tan sólo produjese
Hierro y soldados! La codicia ibera
No tentáramos, ¡no! Patria adorada,
De tus bosques el aura embalsamada
Es al valor, á la virtud funesta.
¿Cómo viendo tu sol radioso, inmenso,
No se inflama en los pechos de tus hijos
Generoso valor contra los viles
Que te oprimen audaces y devoran?

¡Emilia! ¡dulce Emilia! la esperanza
De inocencia, de paz y de ventura
Acabó para mí. ¿Qué gozo resta
Al que desde la nave fugitiva
En el triste horizonte de la tarde
Hundirse vió los montes de su patria
Por la postrera vez? Á la mañana
Alzóse el sol, y me mostró desiertos
El firmamento y mar.... ¡Oh! ¡cuán odiosa
Me pareció la mísera existencia!
Bramaba en torno la tormenta fiera,
Y yo sentado en la agitada popa
Del náufrago bajel, triste y sombrío,
Los torvos ojos en el mar fijando,
Meditaba de Cuba en el destino
Y en sus tiranos viles, y gemía,
Y de rubor y cólera temblaba,
Mientras el viento en derredor rugía,
Y mis sueltos cabellos agitaba.

¡Ah! también otros mártires.... ¡Emilia!
Doquier me sigue en ademán severo
Del noble Hernández* la querida imagen.
¡Eterna paz á tu injuriada sombra,
Mi amigo malogrado! Largo tiempo
El gran flujo y reflujo de los años
Por Cuba pasará sin que produzca
Otra alma cual la tuya, noble y fiera.
¡Víctima de cobardes y tiranos,

* José Elías Hernández, doctor en jurisprudencia y patricio cubano. Nació en Baracoa. Sus publicaciones — "Legal resistencia al despotismo" (1822) y "El guajiro" (1823) le acarrearon una causa criminal, por la que tuvo que emigrar.

Descansa en paz! Si nuestra patria ciega,
Su largo sueño sacudiendo, llega
Á despertar á libertad y gloria,
Honrará, como debe, tu memoria.

¡Presto será que refulgente aurora
De libertad sobre su puro cielo
Mire Cuba lucir! Tu amigo, Emilia,
De hierro fiero y de venganza armado,
Á verte volverá, y en voz sublime
Entonará de triunfo el himno bello.
Mas si en las lides enemiga fuerza
Me postra ensangrentado, por lo menos
No obtendrá mi cadáver tierra extraña,
Y regado en mi féretro glorioso
Por el llanto de vírgenes y fuertes
Me adormiré. La universal ternura
Excitaré dichoso, y enlazada
Mi lira de dolores con mi espada,
Coronarán mi noble sepultura.

HIMNO DEL DESTERRADO

Reina el sol, y las olas serenas
Corta en torno la proa triunfante,
Y hondo rastro de espuma brillante
Va dejando la nave en el mar.
¡Tierra! claman: ansiosos miramos
Al confín del sereno horizonte,
Y á lo lejos descúbrese un monte....
Lo conozco.... ¡Ojos tristes, llorad!

Es el Pan*.... En su falda respiran
El amigo más fino y constante,
Mis amigas preciosas, mi amante....
¡Qué tesoros de amor tengo allí!
Y más lejos mis dulces hermanas,
Y mi madre, mi madre adorada,
De silencio y dolores cercada
Se consume gimiendo por mí.

¡Cuba, Cuba, qué vida me diste,
Dulce tierra de luz y hermosura!
¡Cuánto sueño de gloria y ventura
Tengo unido á tu suelo feliz!
¡Y te vuelvo á mirar!... ¡Cuán severo
Hoy me oprime el rigor de mi suerte!
La opresión me amenaza con muerte
En los campos do al mundo nací.

Mas, ¿qué importa que truene el tirano?
Pobre sí, pero libre me encuentro:
Sólo el alma del alma es el centro:
¿Qué es el oro sin gloria ni paz?
Aunque errante y proscripto me miro,
Y me oprime el destino severo,
Por el cetro del déspota ibero
No quisiera mi suerte trocar.

Pues perdí la ilusión de la dicha,
Dame ¡oh gloria! tu aliento divino.
¿Osaré maldecir mi destino,

*El Pan de Matanzas: montaña de aquella ciudad muy decantada por los poetas.

Cuando pueda vencer ó morir?
¿Aun habrá corazones en Cuba
Que me envidien de mártir la suerte,
Y prefieran espléndida muerte
Á su amargo, azaroso vivir?

De un tumulto de males cercado
El patriota inmutable y seguro,
Ó medita en el tiempo futuro,
Ó contempla en el tiempo que fué;
Cual los Andes en luz inundados
Á las nubes superan serenos,
Escuchando á los rayos y truenos
Retumbar hondamente á su pie.

¡Dulce Cuba! en tu seno se miran,
En el grado más alto y profundo,
Las bellezas del físico mundo,
Los horrores del mundo moral.
Te hizo el cielo la flor de la tierra:
Mas tu fuerza y destinos ignoras,
Y de España en el déspota adoras
Al demonio sangriento del mal.

¿Ya qué importa que al cielo te tiendas
De verdura perenne vestida,
Y la frente de palmas ceñida
Á los besos ofrezcas del mar,
Si el clamor del tirano insolente,
Del esclavo el gemir lastimoso,
Y el crujir del azote horroroso
Se oye sólo en tus campos sonar?

Bajo el peso del vicio insolente
La virtud desfallece oprimida,
Y á los crímenes y oro vendida
De las leyes la fuerza se ve.
Y mil *necios* que *grandes* se juzgan,
Con honores al peso comprados,
Al tirano idolatran, postrados
De su trono sacrílego al pie.

Al poder el aliento se oponga,
Y á la muerte contraste la muerte.
La constancia encadena la suerte;
Siempre vence el que sabe morir.
Enlacemos un nombre glorioso
De los siglos al rápido vuelo;
Elevemos los ojos al cielo,
Y á los años que están por venir.

Vale más á la espada enemiga
Presentar el impávido pecho,
Que yacer de dolor en un lecho,
Y mil muertes muriendo sufrir.
Que la gloria en las lides anima
El ardor del patriota constante,
Que circunda con halo brillante
De su muerte el momento feliz.

¿Á la sangre teméis?... En las lides
Vale más derramarla á raudales,
Que arrastrarla en sus torpes canales
Entre vicios, angustias y horror.

¿Qué tenéis? Ni aun sepulcro seguro
En el suelo infelice cubano.
¿Nuestra sangre no sirve al tirano
Para abono del suelo español?

Si es verdad que los pueblos no pueden
Existir sino en dura cadena,
Y que el cielo feroz los condena
Á ignominia y eterna opresión;
De verdad tan funesta mi pecho
El horror melancólico abjura,
Por seguir la sublime locura
De Wáshington, Bruto, y Catón.

¡Cuba! al fin te verás libre y pura
Como el aire de luz que respiras,
Cual las ondas hirvientes que miras
De tus playas la arena besar.
Aunque viles traidores le sirvan,
Del tirano es inútil la saña,
Que no en vano entre Cuba y España
Tiende inmenso sus olas el mar.

AL GENIO DE LIBERTAD

¡Genio de Libertad, mi voz te implora!
En todo clima tu fogoso aliento
Esparció vida y luz, salud y gloria.
Por ti clamor inmenso de victoria
Estremeció de Maratón los ecos,
Para terror del déspota vencido.

En Roma libre, de funesto olvido
Preservaste los nombres inmortales
De Bruto, Cincinato, el gran Camilo,
Y de otros mil, cuya sublime frente
Coronó tu laurel. Su vasto foro
Con el aplauso resonar se oía
De un pueblo altivo, generoso y fuerte,
Que incienso á tus altares ofrecía.
En los montes helvéticos lidiaste
Con el arco de Tell, y allí fundaste
Á la simple virtud perenne templo.
Al septentrión de América elegiste
Luego por tu mansión; el noble pecho
Inflamaste de Wáshington divino,
Y presidiste á su inmortal destino,
Y consagraste su sencillo techo.

Después el Galo insano y furibundo
Te quiso colocar entre sus lares:
Mas te erigió cadalsos por altares
Y facciosos te dió por sacerdotes,
Que fueron duros, bárbaros; mas dieron
Ejemplo memorable á las naciones,
Y en la ruina de antiguas opiniones
Monumento perenne te erigieron.

¡Genio de Libertad! cuando con Riego
La noble frente en Gades elevaste,
¿Cómo en el porvenir no conjuraste
La cruel desolación que vino luego?...
Por fin al Sur de América volando,
De los sublimes Andes en la cumbre

Que dora el sol con su perpetua lumbre,
Tu bandera divina tremolando,
Llamaste á libertad un hemisferio,
Que tras lucha gloriosa y dilatada
Feliz destruye el español imperio.

¡Genio de Libertad! desde mi cuna
Á los tiranos fieros me inspirabas
Generosa aversión; tú me llenabas
De inexplicable, de sublime gozo,
Cuando sentado en la agitada popa,
Ví á mi bajel, del viento arrebatado,
Romper con furia las turbadas olas
Del irritado mar, y por sus campos
Leve volar, cual despedida flecha.

Por ti, genio inmortal, por ti me agrada
Clavar la vista al sol, y ansiosamente
Beber su inmensa luz. Mi voz te implora;
El ruego escucha del que bien te adora....
Ven, desciende al Anáhuac agitado
Por el tumulto atroz de las facciones,
Y su furor sangriento sofocado,
Respiren los humanos corazones.
¿Ó tan sola serás perturbadora,
Fantástica ilusión? No: yo te miro
De Iztaccíhual bellísimo asentado
En las etéreas cumbres, revestido
Con alta majestad. Bella, impalpable,
Como el arco de Dios entre las nubes,
Allá vislumbra la visión gloriosa.

PLÁCIDO

Gabriel de la Concepción Valdés (« Plácido ») nació en la Habana el 18 de marzo de 1809. Aunque mulato, no fué esclavo. Valdés tuvo una educación muy descuidada en su infancia, si bien más tarde adquirió algunos conocimientos literarios. De una novela de la condesa de Jenlis, titulada *Plácido y Blanca,* tomó el seudónimo con que firmaba y se hizo inmortal. Pobre y humilde, á la vez que ejercía el oficio de peinetero, escribía sus majestuosos versos líricos. Acusado de complicidad en una supuesta conspiración contra los blancos, fué preso y fusilado en Matanzas el 28 de junio de 1844.

Cultivó « Plácido » con igual éxito todos los géneros poéticos. Salas y Quiroga, el crítico español, dice: « Este hombre..., en sus cantos medio salvages, tiene arranques más sublimes y generosos que hombre ninguno puede comprender. Al través de la incorreción de su lenguaje, hay chispas que deslumbran, y no conozco poeta ninguno americano, incluso Heredia, que pueda acercársele en genio, en inspiración, en hidalguía y dignidad.»

La plegaria *Á Dios* que, ya preso, compuso algunos días antes de su muerte, y cuya última estrofa iba recitando camino del suplicio, bastaría para inmortalizar el nombre del autor, y es la mejor prueba de que « Plácido » era inocente de todo crimen.

JICOTENCAL

Dispersas van por los campos
Las tropas de Motezuma,*

* Motezuma: emperador azteca de la época de la conquista española. El nombre se escribe también Moctezuma ó Montezuma.

Lamentando de sus dioses
El poco favor y ayuda;
Mientras ceñida la frente
De azules y blancas plumas,
Sobre un palanquín de oro
Que finas perlas dibujan
Tan brillantes que la vista,
Heridas del sol, deslumbran,
Entra glorioso en Tlascala
El joven que de ellas triunfa.
Himnos le dan de victoria
Y de aromas le perfuman
Guerreros que le rodean
Y el pueblo que le circunda,
Á que contestan alegres
Trescientas vírgenes puras:
« Baldón y afrenta al vencido,
Loor y gloria al que triunfa.»
Hasta la espaciosa plaza
Llega, donde le saludan
Los ancianos senadores,
Y gracias mil le tributan.
Mas ¿porqué veloz el héroe,
Atropellando la turba,
Del palanquín salta y vuela
Cual rayo que el éter surca?
Es que ya del caracol,
Que por los valles retumba,
Á los prisioneros muerte
El eco sonante anuncia.
Suspende á lo lejos hórrida
La hoguera su llama fúlgida

De humanas víctimas ávida,
Que bajan sus frentes mustias.
Llega: los suyos al verle
Cambian en placer la furia,
Y de las inhiestas picas
Vuelven al suelo las puntas.
« ¡ Perdón ! » exclama, y arroja
Su collar: los brazos cruzan
Aquellos míseros seres
Que vida por él disfrutan.
« Tornad á Méjico, esclavos.
Nadie vuestra marcha turba,
Y decid á vuestro dueño,
Vencido ya veces muchas,
Que el joven Jicotencal*
Crueldades como él no usa,
Ni con sangre de cautivos
Asesino el suelo inunda;
Que el cacique de Tlascala
Ni batir ni quemar gusta
Tropas dispersas é inermes,
Sino con armas y juntas.
Que arme flecheros más bravos,
Y me encontrará en la lucha
Con sólo una pica mía
Por cada trescientas suyas;
Que tema el instante aciago
Que mi enojo al punto suba;
Entonces, ni sobre el trono
Su vida estará segura;
Y que si los puentes corta

* Jicotencal: jefe indio.

Porque no vaya en su busca,
Con cráneos de sus guerreros
Calzada haré en la laguna.»

Dijo, y marchóse al banquete
Do está la nobleza junta,
Y el néctar de las palmeras
Entre víctores apura,
Siempre vencedor después
Vivió lleno de fortuna.
Mas como sobre la tierra
No hay dicha completa nunca,
Vinieron atrás los tiempos
Que eclipsaron su ventura,
Y fué tan triste su muerte
Que aun hoy se ignora la tumba
De aquel ante cuya clava
Barreada de áureas puntas
Huyeron despavoridas
Las tropas de Motezuma.

MUERTE DE GESLER

Sobre un monte de nieve transparente,
En el arco la diestra reclinada,
Por un disco de fuego coronada,
Muestra Guillermo Tell la heroica frente.
Yace en la playa el déspota insolente
Con férrea vira al corazón clavada,
Despidiendo al infierno acelerada

El alma negra en forma de serpiente.
  El calor le abandona, sus sangrientos
Miembros bota la tierra al océano;
Tórnanle á echar las ondas y los vientos;
  No encuentra humanidad el inhumano....
Y hasta los insensibles elementos
Lanzan de sí los restos del tirano.

LA FATALIDAD

Ciega deidad que sin clemencia alguna
De espinas al nacer me circuiste,
Cual fuente clara cuya margen viste
Maguey silvestre y punzadora tuna:
  Entre el materno tálamo y la cuna
El férreo muro del honor pusiste,
Y acaso hasta los cielos me subiste
Por verme descender desde la luna.
  Sal de los antros del averno oscuros,
Sigue oprimiendo mi existir cuitado,
Y si sucumbo á tus decretos duros,
  Diré como el ejército cruzado
Exclamó al divisar los rojos muros
De la santa Salén: «¡Dios lo ha mandado!»

ADIÓS Á MI LIRA

EN LA CAPILLA

No entre el polvo de inmunda bartolina*
Quede la lira que cantó inspirada,
De laureles empíreos coronada,
Las glorias de Isabel y de Cristina;
La que brindó con gracia peregrina
La *siempre viva* al Cisne de Granada:†
No yazga en polvo, no, quede colgada
Del árbol santo de la Cruz divina.

Omnipotente ser, Dios poderoso,
Admitidla, Señor, que si no ha sido
El plectro celestial esclarecido
Con que os ensalza un querubín glorioso,
No es tampoco el laúd prostituido
De un criminal perverso y sanguinoso:
Vuestro fué su destello luminoso;
Vuestro será su postrimer sonido.

Vuestro será, Senor: no más canciones
Profanas cantará mi estro fecundo.
Mas ¡ay! ¡me llevo en la cabeza un mundo!
Un mundo de escarmiento y de ilusiones;
Un mundo muy distinto de este sueño,
De este sueño letárgico y profundo,

* Bartolina: calabozo profundo y seguro que usaban los españoles para los reos de importancia.

† José Zorrilla: jefe de la segunda generación romántica española. (1817-1892).

Antro quizá de un genio furibundo,
Sólo de llantos y amarguras dueño.

Un mundo de pura gloria,
De justicia y de heroísmo,
Que no es dado á los profanos
Presentir: mundo divino,
Que los hombres no comprenden,
Que los ángeles han visto,
Y aun con haberlo soñado
No lo comprendo yo mismo.

Acaso entre breves horas
Cuando divise el Empíreo,
Postrado ante vuestro trono
Veré mis sueños cumplidos;
Y entonces vueltos los ojos
Á esta mansión de delitos,
Os daré infinitas gracias
Por haber de ella salido.

En tanto, quede colgada
La causa de mi suplicio
En un ramo sacrosanto
Del que hicisteis vos divino.

Adiós, mi lira, á Dios encomendada
Queda de hoy más. Adiós, yo te bendigo:
Por ti serena el ánima inspirada
Desprecia la crueldad de hado enemigo.
Los hombres te verán hoy consagrada;

Dios y mi último adiós quedan contigo,
Que entre Dios y la tumba no se miente.
Adiós, voy á morir.... ¡Soy inocente!

DESPEDIDA Á MI MADRE

Si la suerte fatal que me ha cabido
Y el triste fin de mi sangrienta historia,
Al salir de esta vida transitoria,
Deja tu corazón de muerte herido;
Baste de llanto: el ánimo afligido
Recobre su quietud; moro en la gloria,
Y mi plácida lira á tu memoria
Lanza en la tumba su postrer sonido.
Sonido dulce, melodioso, santo,
Glorioso, espiritual, puro, divino,
Inocente, espontáneo, como el llanto
Que vertiera al nacer.... Ya el cuello inclino,
Ya de la religión me cubre el manto....
¡Adiós, mi madre! ¡adiós!... El Peregrino.

PLEGARIA Á DIOS

¡Ser de inmensa bondad! ¡Dios poderoso!
Á vos acudo en mi dolor vehemente....
Extended vuestro brazo omnipotente;
Rasgad de la calumnia el velo odioso;
Y arrancad este sello ignominioso
Con que el mundo manchar quiere mi frente.

¡Rey de los Reyes! ¡Dios de mis abuelos!
¡Vos solo sois mi defensor! ¡Dios mío!...
Todo lo puede quien al mar sombrío
Olas y peces dió, luz á los cielos,
Fuego al Sol, giro al aire, al Norte hielos,
Vida á las plantas, movimiento al río.

Todo lo podéis vos; todo fenece,
Ó se reanima á vuestra voz sagrada;
Fuera de vos, Señor, el todo es nada
Que en la insondable eternidad perece;
Y aun esa misma nada os obedece,
Pues de ella fué la humanidad creada.

Yo no os puedo engañar, Dios de clemencia;
Y pues vuestra eternal sabiduría
Ve al través de mi cuerpo el alma mía
Cual del aire á la clara transparencia,
Estorbad que humillada la inocencia
Bata sus palmas la calumnia impía.

Estorbadlo, Señor, por la preciosa
Sangre vertida, que la culpa sella
Del pecado de Adán, ó por aquella
Madre cándida, dulce y amorosa,
Cuando envuelta en pesar, mustia y llorosa,
Siguió tu muerte como heliaca estrella.

Mas si cuadra á tu suma omnipotencia
Que yo perezca cual malvado impío,
Y que los hombres mi cadáver frío
Ultrajen con maligna complacencia....
¡Suene tu voz, y acabe mi existencia!...
¡Cúmplase en mí tu voluntad, Dios mío!

AVELLANEDA

«*La Peregrina*»

GERTRUDIS GÓMEZ DE AVELLANEDA Y ARTEAGA nació en Puerto Príncipe el 23 de marzo de 1814. Desde muy niña descubrió sus grandes dotes poéticas, y en temprana edad se consagró al estudio de los clásicos. Á los quince años había compuesto muchas odas y otras poesías líricas, una novela y un drama, que inéditos hizo desaparecer. Pasó á Europa (1836), y después de viajar algunos años, fijó su residencia en Madrid. Á los treinta y tres de edad contrajo la poetisa matrimonio (1846) con don Pedro Sabater, jefe político de Madrid, quien murió á poco tiempo. En 1853 se unió en segundas nupcias con el coronel don Domingo Verdugo y Massieu á quien seis años después (1859) siguió á Cuba, regresando la poetisa cubana á su patria después de dilatada ausencia. Fué recibida en Cuba triunfalmente. Regresó á Europa (1864), y murió en Madrid el 2 de febrero de 1873.

La Avellaneda recorrió con igual tino y maestría los géneros más difíciles de la literatura, desde el verso bucólico hasta el épico, desde la oda hasta la anacreóntica. La lectura de las obras de la escritora revela que en Cuba no tuvo rival en la dramática, y que en España pocos la aventajaron. El erudito Gallego dijo: « Nadie podría, sin agraviarla, negarle la primacía sobre cuantas personas de su sexo han pulsado la lira castellana, así en este como en los pasados siglos.» No tiene la poetisa las cualidades que por lo general distinguen á las mujeres-autoras. Milanés, por ejemplo, tiene mucha menos virililad, es decir, ostenta más delicadeza y sútil penetración, que la Avellaneda. Mas « nadie, en Cuba ni en el resto de la América latina, supo penetrar tan completamente hasta la esencia del genio literario español, y encontrar sin esfuerzo acentos tan genuinamente castellanos.»

AL PARTIR

¡Perla del mar! ¡Estrella de Occidente!
¡Hermosa Cuba! Tu brillante cielo
La noche cubre con su opaco velo,
Como cubre el dolor mi triste frente.
¡Voy á partir!... La chusma diligente,
Para arrancarme del nativo suelo,
Las velas iza, y pronta á su desvelo
La brisa acude de tu zona ardiente.
¡Adiós, patria feliz, edén querido!
¡Doquier que el hado en su furor me impela,
Tu dulce nombre halagará mi oído!
¡Adiós!... ¡Ya cruje la turgente vela....
El ancla se alza....el buque, estremecido,
Las olas corta y silencioso vuela!

Á WÁSHINGTON

No en lo pasado á tu virtud modelo,
Ni copia al porvenir dará la historia,
Ni otra igual en grandeza á tu memoria
Difundirán los siglos en su vuelo.
Miró la Europa ensangrentar su suelo
Al genio de la guerra y la victoria....
Pero le cupo á América la gloria
De que al genio del bien le diera el cielo.

Que audaz conquistador goce en su ciencia,
Mientras al mundo en páramo convierte,
Y se envanezca cuando á siervos mande;
¡Mas los pueblos sabrán en su conciencia
Que el que los rige libres sólo es fuerte,
Que el que los hace grandes sólo es grande!

Á LA MUERTE DEL CÉLEBRE POETA CUBANO DON JOSÉ MARÍA DE HEREDIA

> **Le poète est semblable aux oiseaux de passage,**
> **Qui ne bâtissent point leur nid sur le rivage.**
> **LAMARTINE.**

Voz pavorosa en funeral lamento
Desde los mares de mi patria vuela
Á las playas de Iberia; tristemente
En son confuso la dilata el viento;
El dulce canto en mi garganta hiela,
Y sombras de dolor viste á mi mente.
¡Ay! que esa voz doliente,
Con que su pena América denota
Y en estas playas lanza el Océano,
« Murió,» pronuncia, « el férvido patriota....»
« Murió,» repite, « el trovador cubano;»
Y un eco triste en lontananza gime,
« Murió el cantor del Niágara sublime.»

¿Y es verdad? ¿Y es verdad?... ¿La muerte impía
Apagar pudo con su soplo helado
El generoso corazón del vate,
Do tanto fuego de entusiasmo ardía?

¿No ya en amor se enciende, ni agitado
De la santa virtud al nombre late?...
  Bien cual cede al embate
Del aquilón sañoso el roble erguido,
Así en la fuerza de su edad lozana
Fué por el fallo del destino herido....
¡Astro eclipsado en su primer mañana,
Sepúltanle las sombras de la muerte,
Y en luto Cuba su placer convierte.

  ¡Patria! ¡numen feliz! ¡nombre divino!
¡Ídolo puro de las nobles almas!
¡Objeto dulce de su eterno anhelo!
Ya enmudeció su cisne peregrino....
¿Quién cantará tus brisas y tus palmas,
Tu sol de fuego, tu brillante cielo?...
  Ostenta, sí, tu duelo;
Que en ti rodó su venturosa cuna,
Por ti clamaba en el destierro impío,
Y hoy condena la pérfida fortuna
Á suelo extraño su cadáver frío,
Do tus arroyos ¡ay! con su murmullo
No darán á su sueño blando arrullo.

  ¡Silencio! De sus hados la fiereza
No recordemos en la tumba helada
Que lo defiende de la injusta suerte.
Ya reclinó su lánguida cabeza
— De genio y desventuras abrumada —
En el inmóvil seno de la muerte.
  ¿Qué importa al polvo inerte,
Que torna á su elemento primitivo,

Ser en este lugar ó en otro hollado?
¿Yace con él el pensamiento altivo?...
Que el vulgo de los hombres, asombrado,
Tiemble al alzar la eternidad su velo;
Mas la patria del genio está en el cielo.

Allí jamás las tempestades braman,
Ni roba al sol su luz la noche oscura,
Ni se conoce de la tierra el lloro....
Allí el amor y la virtud proclaman
Espíritus vestidos de luz pura,
Que cantan el Hosanna en arpas de oro.
Allí el raudal sonoro
Sin cesar corre de aguas misteriosas,
Para apagar la sed que enciende al alma;
— Sed que en sus fuentes pobres, cenagosas,
Nunca este mundo satisface ó calma. —
Allí jamás la gloria se mancilla,
Y eterno el sol de la justicia brilla.

¿Y qué, al dejar la vida, deja el hombre?
El amor inconstante; la esperanza,
Engañosa visión que lo extravía;
Tal vez los vanos ecos de un renombre
Que con desvelos y dolor alcanza;
El mentido poder; la amistad fría;
Y el venidero día
— Cual el que espira breve y pasajero —
Al abismo corriendo del olvido....
Y el placer, cual relámpago ligero,
De tempestades y pavor seguido....
Y mil proyectos que medita á solas,
Fundados ¡ay! sobre agitadas olas.

De verte ufano, en el umbral del mundo
El ángel de la hermosa Poesía
Te alzó en sus brazos y encendió tu mente,
Y ora lanzas, Heredia, el barro inmundo
Que tu sublime espíritu oprimía,
Y en alas vuelas de tu genio ardiente.
No más, no más lamente
Destino tal nuestra ternura ciega,
Ni la importuna queja al cielo suba....
¡Murió!... Á la tierra su despojo entrega,
Su espíritu al Señor, su gloria á Cuba;
¡Que el genio, como el sol, llega á su ocaso,
Dejando un rastro fúlgido su paso!

LA PESCA EN EL MAR

¡Mirad! ya la tarde fenece....
La noche en el cielo
Despliega su velo
Propicio al amor.
La playa desierta parece;
Las olas serenas
Salpican apenas
Su dique de arenas
Con blando rumor.

Del líquido seno la luna
Su pálida frente
Allá en Occidente
Comienza á elevar.

No hay nube que vele importuna
    Sus tibios reflejos,
    Que miro de lejos
    Mecerse en espejos
    Del trémulo mar.

¡Corramos!... ¡Quién llega primero!
    Ya miro la lancha....
    Mi pecho se ensancha,
    Se alegra mi faz.
¡Ya escucho la voz del nauclero
    Que el lino despliega
    Y al soplo lo entrega
    Del aura que juega,
    Girando fugaz!

¡Partamos!...la plácida hora
    Llegó de la pesca,
    Y al alma refresca
    La bruma del mar.
¡Partamos, que arrecia sonora
    La voz indecisa
    Del agua, y la brisa
    Comienza de prisa
    La flámula á hinchar!

¡Pronto, remero!
¡Bate la espuma!
¡Rompe la bruma!
¡Parte veloz!
¡Vuele la barca!
¡Dobla la fuerza!

¡Canta, y esfuerza
Brazos y voz!

Un himno alcemos
Jamás oído,
Del remo al ruido,
Del viento al son;
Y vuele en alas
Del libre ambiente
La voz ardiente
Del corazón.

Yo á un marino le debo la vida,
Y por patria le debo al azar
Una perla — en un golfo nacida —
Al bramar
Sin cesar
De la mar.
Me enajena al lucir de la luna
Con mi bien estas olas surcar,
Y no encuentro delicia ninguna
Como amar
Y cantar
En el mar.
Los suspiros de amor anhelantes
¿Quién ¡oh amigos! querrá sofocar,
Si es tan grato á los pechos amantes
Á la par
Suspirar
En el mar?
¿No sentís que se encumbra la mente
Esa bóveda inmensa al mirar?
Hay un goce profundo y ardiente

En pensar
Y admirar
En el mar.
Ni un recuerdo del mundo aquí llegue
Nuestra paz deliciosa á turbar;
Libre el alma al deleite se entregue
De olvidar
Y gozar
En el mar.
¡Presto, todos!... ¡Las redes se tiendan!
¡Muy pesadas las hemos de alzar!
¡Presto, todos! ¡Los cantos suspendan,
Y callar
Y pescar
En el mar!

LA CRUZ

¡Canto la Cruz! ¡Que se despierte el mundo!
¡Pueblos y reyes, escuchadme atentos!
¡Que calle el universo á mis acentos
Con silencio profundo!
¡Y Tú, supremo Autor de la armonía,
Que prestas voz al mar, al viento, al ave,
Resonancia concede al arpa mía,
Y en conceptos de austera poesía
El poder de la Cruz deja que alabe!

Se asombra el orbe, se conmueve el cielo,
De ese nombre al lanzar eco infinito,
Que aterroriza al inmortal precito

En su mansión de duelo.
¡Canto la Cruz! El ángel, de rodillas,
Postra á tal voz la luminosa frente;
Tú, excelso querubín, tu ciencia humillas;
Y del amor las altas maravillas,
Absorto adora el serafín ardiente.

Alzad vuestro pendón brillante y puro,
¡Oh de la fe sublimes campeones!
Y que su luz dirija á las naciones
Al porvenir oscuro.
Sólo él, que á miles las victorias cuenta,
Disipar puede sombras y vestiglos....
Sólo él, que eterno la verdad sustenta,
Y — como en firme pedestal — se asienta
En la cerviz de diez y nueve siglos.

¡Alzad, alzad vuestro estandarte regio,
Á cuyo aspecto hundiéronse al abismo
Los dioses del antiguo paganismo,
Desde su Olimpo egregio!
¡Alzadlo, cual lo alzó resplandeciente
— Como emblema de triunfo — Constantino
Sobre el cesáreo lauro de su frente,
Las águilas de Roma armipotente
Parias rindiendo al lábaro divino!

Alzadlo cual lo halló — noble, pujante,
Más fuerte que los pueblos y los reyes, —
Sobre escombros de razas y de leyes
El bárbaro triunfante.
Por sus bridones con desprecio hollado

Fué el esplendor romano envejecido;
Mas de esa Cruz ante el poder sagrado
Detúvose el torrente desbordado,
Y el ruego al vencedor dictó el vencido.

Alzadlo cual se alzó, piadoso y bello,
Á ennoblecer bajo su blando yugo
El que al destino descargar le plugo
De América en el cuello.
Dió un paso el tiempo, y á su influjo vario
— Que tan pronto derriba como encumbra, —
Ya no es de un mundo el otro tributario;
Mas inmutable al signo del Calvario
El sol del Inca y del Azteca alumbra.

¡Alzad la Cruz! Su apoyo necesita
La vacilante humanidad. — Doquiera
¿No la veis, á la par doliente y fiera,
Cuán convulsa se agita?
Lanzada entre problemas pavorosos,
Y á impulsos ¡ay! de un vértigo profundo,
¿Qué la valdrán esfuerzos dolorosos,
Si de esa Cruz los brazos poderosos
No hallan asiento en que descanse el mundo?

Alzad, alzad vuestro pendón divino,
Símbolo de salud, cifra de gloria,
Pues sólo y siempre explicará la historia
Del humano destino.
¡Alzadlo! que los siglos él presida,
Como la ígnea columna del desierto,
Que entre las sombras, de esplendor vestida,

Para alcanzar la tierra prometida
Señalaba á Israel camino cierto.

¡Alzad la Cruz, con cuyo austero nombre
Su progreso marcó la era cristiana,
Mostrándole ella, en acta soberana,
La libertad del hombre!
Fué su conquista, y ella la afianza;
Diciendo al porvenir, como al pasado,
Que sólo en ella la igualdad se alcanza,
Pues son sus brazos la única balanza
Donde pesan al par cetro y cayado.

Allí también la omnipotente diestra
Pesó el valor del mundo.... ¡oh maravilla,
Que si del hombre la razón humilla,
Su dignidad demuestra!
¡Sí! pesó al mundo la eternal justicia;
Pesólo por alzar el que lo abate,
Yugo cruel de la infernal malicia....
Y en aquél tanto amor cargó propicia,
Que la vida de un Dios fué su rescate.

Por eso en los ásperos brazos
Del leño sagrado, se ostentan
Las manos que al orbe sustentan,
Las manos que rigen al sol.
Por eso en gemidos se ahoga
La voz que á la nada fecunda,
Velada por sombra profunda
La luz de la gloria de Dios.

Tú espiras, ¡Autor de la vida!
  La muerte contigo se ensaña....
  ¡Mas rota quedó la guadaña
  Al darte su golpe cruel!
Alzado en tu trono sangriento,
  Su trono por siempre derrumbas....
  ¡Los muertos, rompiendo sus tumbas,
  Recogen tu aliento postrer!

El rey de la tierra, probando
  Fatal fruto del árbol de ciencia,
  La muerte nos dió por herencia,
  Y esclavos nos hizo del mal.
El rey de los cielos, cual fruto
  Del árbol de amor, nos convida;
  La patria nos vuelve y la vida;
  ¡Por padre al Eterno nos da!

¡Florece, Árbol santo, que el astro
  De eterna verdad te ilumina,
  Y el riego de gracia divina
  Fomenta tu inmensa raíz!
¡Florece, tus ramas extiende....
  La estirpe de Adán, fatigada,
  Repose á tu sombra sagrada
  Del uno al opuesto confín!

¡Te acaten pasando los siglos,
  Y Tú los presidas inmoble,
  Y toda rodilla se doble
  Al pie de tu eterno vigor!...

Los cielos, la tierra, el abismo
Se inclinen si suena tu nombre....
¡Tú ostentas á Dios hecho hombre!
¡Tú elevas el hombre hasta Dios!

Á LA VENTURA

IMITACIÓN DEL PORTUGUÉS

¡Ventura, ídolo esquivo, que te escondes
De quien con más ardor hallarte espera!
¡Ventura, eco cruel, que no respondes
Sino para decir *error, quimera!*
¿Dónde estás? ¿Cómo existes? ¿Quién te alcanza?
¿Cuál es tu patria y ser deslumbrador?
¿Te crearon para luz de la esperanza,
Ó para burla eterna del dolor?...
Tú, de la humana vida astro fulgente,
¿Te habrás de deshacer en sueños vanos,
Ó flor nacida en vórtice rugiente,
No te pueden tocar mortales manos?
Norte — en busca del cual el mundo gira,
Siempre encerrado en órbita fatal, —
¿Serás ¡Ventura! sólo una mentira,
Como todo en la tierra.... excepto el mal?
¡Arcano, al par que seductor profundo!
¿Serás de cada siglo y de cada ser
Intrincado problema impuesto al mundo,
Y que el mundo no puede resolver?
¡Ventura! el lento ardor que me consume,
¿Nunca vendrás, benéfica, á apagar?
¿Sólo un nombre serás? ¿Sólo un perfume,

Que no me es dado asir ni disipar?
¡No! ¡no es posible! — Existes, ¡oh Ventura!
Existes cual el aire, cual la luz....
Mas ¿dónde?... ¡Ya lo sé! — ¡La sepultura
Te guarda bajo el árbol de la cruz!

LA VUELTA Á LA PATRIA

SALUDO

¡Perla del mar! ¡Cuba hermosa!
Después de ausencia tan larga
Que por más de cuatro lustros
Conté sus horas infaustas,
Torno al fin, torno á pisar
Tus siempre queridas playas,
De júbilo henchido el pecho,
De entusiasmo ardiendo el alma.
¡Salud, oh tierra bendita,
Tranquilo edén de mi infancia,
Que encierras tantos recuerdos
De mis sueños de esperanza!
¡Salud, salud, nobles hijos
De aquesta mi dulce patria!...
¡Hermanos, que hacéis su gloria!
¡Hermanas, que sois su gala!
¡Salud!... Si afectos profundos
Traducir pueden palabras,
Por los ámbitos queridos
Llevad, — ¡brisas perfumadas,
Que habéis mecido mi cuna
Entre plátanos y palmas! —

Llevad los tiernos saludos
Que á Cuba mi amor consagra.
Llevadlos por esos campos
Que vuestro soplo embalsama,
Y en cuyo ambiente de vida
Mi corazón se restaura:
Por esos campos felices,
Que nunca el cierzo maltrata,
Y cuya pompa perenne
Melifluos sinsontes cantan.
Esos campos do la ceiba
Hasta las nubes levanta
De su copa el verde toldo
Que grato frescor derrama:
Donde el cedro y la caoba
Confunden sus grandes ramas,
Y el yarey y el cocotero
Sus lindas pencas enlazan....
Donde el naranjo y la piña
Vierten al par su fragrancia;
Donde responde sonora
Á vuestros besos la caña;
Donde ostentan los cafetos
Sus flores de filigrana,
Y sus granos de rubíes
Y sus hojas de esmeraldas.
Llevadlos por esos bosques
Que jamás el sol traspasa,
Y á cuya sombra poética,
Do refrescáis vuestras alas,
Se escucha en la siesta ardiente
— Cual vago concento de hadas —

La misteriosa armonía
De árboles, pájaros, aguas,
  Que en soledades secretas,
Con ignotas concordancias,
Susurran, trinan, murmuran,
Entre el silencio y la calma.
  Llevadlos por esos montes,
De cuyas vírgenes faldas
Se desprenden mil arroyos
En limpias ondas de plata.
  Llevadlos por los verjeles,
Llevadlos por las sabanas
En cuyo inmenso horizonte
Quiero perder mis miradas.
  ¡Llevadlos férvidos, puros,
Cual de mi seno se exhalan
—Aunque del labio el acento
Á formularlos no alcanza,—
  Desde la punta Maisí
Hasta la orilla del Mantua;
Desde el pico de Tarquino
Á las costas de Guanaja!
  Doquier los oiga ese cielo,
Al que otro ninguno iguala,
Y á cuya luz, de mi mente
Revivir siento la llama:
  Doquier los oiga esta tierra
De juventud coronada,
Y á la que el sol de los trópicos
Con rayos de amor abrasa:
  Doquier los hijos de Cuba
La voz oigan de esta hermana,

Que vuelve al seno materno
— Después de ausencia tan larga —
Con el semblante marchito
Por el tiempo y la desgracia,
Mas de gozo henchido el pecho,
De entusiasmo ardiendo el alma.
Pero ¡ah! decidles que en vano
Sus ecos le pido á mi arpa;
Pues sólo del corazón
Los gritos de amor se arrancan.

MILANÉS

José Jacinto Milanés y Fuentes nació en Matanzas el 16 de agosto de 1814. Privadamente aprendió las primeras letras, y luego amplió sus conocimientos en la escuela de Ambrosio José González. Apenas concluida su educación primaria, entró de dependiente en la casa de su tío político Simón Jimeno, donde el trabajo no le impedía dedicar algunos momentos al cultivo de las musas y al estudio de las humanidades. Pasó á la Habana (1837). Poco después fué nombrado secretario del camino de hierro, primero de Matanzas, y fijó su residencia en la Cumbre, desde donde se domina el poético valle del Yumurí. En 1842 comenzó á flaquear su cerebro, y en 1843, atacado de una enfermedad del espíritu, enmudeció para siempre. Murió el 14 de noviembre de 1863.

Milanés es el más popular de los poetas cubanos. Fué el primer cubano que quiso iniciar una literatura propia, y para ello pintó con colores vivos los objetos que le rodeaban, aun atreviéndose á usar nombres y locuciones provinciales. Su sencillez, su dulzura, sus tendencias morales y civilizadoras, y su tristeza resignada y simpática, han contribuido á dar al nombre de Milanés la popularidad de que goza.

EL BESO

De noche en fresco jardín
Sentado estaba á par de ella:
Yo joven; joven y bella
    Mi serafín.

Hablábamos del negror
Del cielo, augusto y sin brillo,
Del regalado airecillo
Y del amor.

Hablábamos del lugar
En que primero nos vimos;
Y sin querer nos pusimos
Á suspirar;

Á suspirar y á sentir
Gozo, al volver á juntarnos;
Á suspirar y á mirarnos,
Y á sonreír.

Porque amor casto entre dos
Es colmo de las venturas,
Y unirse dos almas puras
Es ver á Dios.

Una mano la pedí,
Porque en sus lánguidos ojos
Y en medio á sus labios rojos
Brillaba el *sí*.

Ella, al oírme, tembló,
Y en mí largo tiempo fijo
Su dulce mirar, me dijo
Tímida: *no*.

Pero era un *no* cuyo son
Pone al corazón risueño;
Un *no* celeste, halagüeño,
Sin negación.

Por eso yo la cogí
La mano, y con loco exceso
Á imprimir sobre ella un beso
Me resolví;

Beso que en mi alma crié
En sueños de gloria y calma,
Y que por joya del alma
Siempre guardé,

Puro como el arrebol
Que orna una tarde de Mayo,
Y ardiente como es el rayo
Del mismo sol.

Pero al besarla sentí
Mi labio sin movimiento,
Porque un negro pensamiento
Me asaltó allí.

¿Quién sabe si el vivo ardor
De mi boca osada, ansiosa,
No iba á secar ya la rosa
De su pudor?

¿Quién sabe si tras mi fiel
Beso otro labio vendría,
Que ambicioso borraría
Las huellas de él?

¿Quién sabe si iba el desliz
De mi labio torpe, insano,
Á volver su mano, mano
De meretriz?

Mano asquerosa, infernal
Para el alma del poeta,
Que sufre el beso, y aprieta
El vil metal.

Así pensé.... y fuíme en paz,
Dejándola intacta y pura;
Y lágrima de dulzura
Bañó mi faz.

LA MADRUGADA

Necio y digno de mil quejas
El que ronca sin decoro,
Cuando el sol con rayo de oro
Da en las domésticas tejas.

¿Puede haber cosa más bella
Que de la arrugada cama
Saltar, y en la fresca grama
Del campo estampar la huella?

Campo digo; porque pierde
La mañana su sonrisa
En no habiendo agreste brisa,
Mucho azul y mucho verde.

No hay que gozarla en ciudad:
En todo horizonte urbano
Se estaciona de antemano
Triste vaporosidad.

Luego ved tanto edificio
Alto, serio.... Angustia dan:
El alba, el sol allí están
Como sacados de quicio.

No: yo he de andar á mis anchas
Una campiña florida,
Por ver del alba querida
La faz virgen y sin manchas;

Verla en oriente lucir
Diáfana, rosada, bella
Como una casta doncella
Que enamora al sonreír.

Yo no sé como hay cabeza
Tan interesada y fría,
Que no ame, al rayar el día,
La hermosa naturaleza.

Vedla rejuvenecerse,
Vedla rodar con el río,
Brillar pura en el rocío,
Con los árboles mecerse;

Arrastrada en el reptil,
Fiera y alzada en el bruto,
Dulce en el colgado fruto,
Risueña en la flor gentil.

¡Oh, Dios!... allá en mis niñeces,
Antes de brotarme el bozo,
¡Con qué sencillo alborozo
Vine á ver esto mil veces!

Ya una errante mariposa
Con su matiz me atraía;
Ya olvidado me ponía
Á contemplar una rosa.

Siempre alegre, ya se ve:
Nunca entonces cavilaba,
Ni mis cejas arrugaba
Algún triste no sé qué.

Después, como entré en más años,
Y como ví una hermosura,
Tuve por triste locura
Ver sol, montes y rebaños.

¡Qué ingrato fuí! — Pero bien
Se vengó Naturaleza:
Aquella ingrata belleza
Olvidóme con desdén.

Vertí un mar de llanto: el alma
No se me hallaba sin ella....
Al fin una amiga estrella
Dolióse y me puso en calma.

¡Oh, qué dolor tan agudo
Es olvidar!... Pero al cabo,
Rotos los grillos de esclavo,
Curóme el médico mudo,

El tiempo, — el tiempo veloz,
Que tiñe nuestras cabezas
De blanco, y tantas bellezas
Deja sin luz y sin voz.

De entonces acá me place
Ver la escena matutina
Segunda vez — medicina
Celestial que me rehace.

Con todo, mis cicatrices
Se ensangrientan, y suspiro
En dondequiera que miro
Dos amadores felices.

Y aun con menos ocasión: —
Si oigo el susurrar alterno
De dos palomas, en lo interno
Se me angustia el corazón.

Si en un ramo miro á solas
Dos aves cantar querellas,
Si relucir dos estrellas,
Si rodar dos mansas olas,

Si dos nubes enlazarse
Y por el éter perderse,
Si dos sendas una hacerse,
Si dos montes contemplarse, —

Me paro, y con ansiedad
Recuerdo que á nadie adoro;
Miro tanto enlace, y lloro
Mi continua soledad.

LA FUGA DE LA TÓRTOLA

¡Tórtola mía! Sin estar presa,
Hecha á mi cama y hecha á mi mesa,
Á un beso ahora y otro después,
¿Por qué te has ido? ¿Qué fuga es ésa,
Cimarronzuela de rojos pies?
¿Ver hojas verdes sólo te incita?
¿El fresco arroyo tu pico invita?
¿Te llama el aire que susurró?
¡Ay de mi tórtola, mi tortolita,
Que al monte ha ido y allá quedó!

Oye mi ruego, que el miedo exhala.
¿De qué te sirve batir el ala,
Si te amenazan con muerte igual
La astuta liga, la ardiente bala,
Y el cauto *jubo** del *manigual?*†
Pero ¡ay! tu fuga ya me acredita
Que ansias ser libre, pasión bendita
Que aunque la lloro, la apruebo yo.
¡Ay de mi tórtola, mi tortolita,
Que al monte ha ido y allá quedó!

Si ya no vuelves, ¿á quién confío
Mi amor oculto, mi desvarío,
Mis ilusiones que vierten miel,

* **Jubo, voz indígena: culebra delgada muy común, que vive oculta entre las piedras y malezas.**

† **Manigual, voz indígena: conjunto ó espesura de arbustos de poca altura, enredados y confundidos.**

Cuando me quede mirando al río,
Y á la alta luna que brilla en él?
  Inconsolable, triste y marchita
Me iré muriendo, pues en mi cuita
Mi confidenta me abandonó. —
¡Ay de mi tórtola, mi tortolita,
Que al monte ha ido y allá quedó!

SU ALMA

  Yo podré, cuando á mi anhelo
Noble inspiración socorra,
Hacer un verso que corra
Manso como un arroyuelo.
  Puedo en él pintar un cielo
Azul, un lago tranquilo,
Una selva, fresco asilo
De pajarillos cantores,
Sembrando en todo las flores
Espléndidas del estilo.

  Podré con arte sútil
Pintar en vago horizonte
Doble contorneado monte
Como un seno femenil;
  Un alba dulce de abril
En que parezca brillar
El aire, una ronca mar
Que en corvas ondas se mece,
Y otras cosas que parece
Que no se pueden pintar.

Pero la cosa que ignoro
Poder pintar como es ella,
Es el alma pura y bella
De la hermosura que adoro.
Como es tanto su decoro,
Su compasión, su ternura,
Á veces se me figura
Que un ángel debe de ser
Que ha bajado á ser mujer
Por consolar mi amargura.

¡Oh, mi amor! Deja á un artista
Que con el reflejo grave
De tu alma casta y süave
Su pobre cántico vista.
Deja que al mundo egoísta
Pinte con libre pincel
Tu alma candorosa y fiel:
Deja que cantando así
Él no se olvide de ti,
Ni yo me acuerde de él.

En otro tiempo, con frente
En que el pesar se grababa,
Yo por el mundo cruzaba
Transeunte indiferente.
Un desengaño inclemente
Hirió como daga aguda
Mi alma indefensa y desnuda;
Y reprimiendo el dolor
Iba buscando el amor,
Impelido por la duda.

Ví dulces y hermosos seres;
Y cuando con castos fines
Buscábalos serafines,
Los encontraba mujeres.
Sólo hallé sed de placeres,
Vanidad, ternura incasta,
Nada del amor que gasta
El corazón en que nace,
Que en sí mismo se complace,
Y que á sí mismo se basta.

Y cuando el alma burlada
Dijo con honda amargura
Al amor: tú eres locura;
Y á la ilusión: tú eres nada;
Llegaste tú, mi adorada,
Y cerrando al fin mi herida,
Te dije, dando salida
Al desengaño pasado:
¡Tú eres mi amor ignorado!
¡Tú eres mi ilusión perdida!

Desde entonces, prenda mía,
La fe que me abandonaba,
Como fugitiva esclava
Al pensamiento volvía:
Desde aquel próspero día,
Muerta mi antigua tristeza,
Pedí amor, pedí belleza
Á Dios, poeta grandioso,
En ese poema hermoso
Que llaman Naturaleza.

Y vi que el alma sañuda
Que, asida de su dolor,
Deja el jardín del amor
Por el yermo de la duda,
Es sobremanera ruda;
Por donde se puede ver
Que siempre hay en la mujer
Algo puro de los cielos;
Que son hermanos gemelos
Sentir, amar y creer.

¡Oh! cuando mi vista vaga
Por todo el cuerpo social,
Y encuentro en él, por mi mal,
Alguna asquerosa llaga;
Cuando no hay quien me deshaga
Ni me arranque aquel pesar
De ver la llaga durar,
Mancha negra en lino fino,
Que primero rasga el lino
Que se consiga lavar;

Y lanzándome el dolor
De uno en otro devaneo,
En mis adentros no creo
Sino sólo lo peor:
¿Quién en mi negro interior
Vierte luz consoladora,
Sino tú, mi dulce aurora?
¿Quién me enseña que es felice,
Más que el rencor que maldice,
La resignación que llora?

Pero es menester oír
Su voz, angélico ser,
Con tan dulce reprender
Que parece sonreír.
Es necesario sentir,
¡Oh hermosa como ninguna!
Cuanta languidez reuna
Tu mirar puro y sencillo,
En donde hay algo del brillo
Misterioso de la luna.

¡Ay! En aquellos momentos
En que conversando á solas
Nos van llevando las olas
De los vagos pensamientos,
Colmado de sentimientos
Pedí á Dios, meditabundo,
Que me llevase á otro mundo
Más venturoso y mejor,
En donde fuese el amor
Más cándido y más profundo.

Mas ya que vivir en éste
Me impone Dios, le bendigo,
Porque al fin vivir contigo
Ha sido bondad celeste.
¿Qué me importa que denueste
Mi ideal filosofía
Una mordaz ironía,
Si hallo contra este rigor
Mi gloria que es hoy tu amor,
Tu amor que es mi poesía?

Verdad es que á veces pienso
(¡Y ésta es mi angustia mayor!)
Que aunque te debo un amor
Siempre firme y siempre inmenso,
No juzgarás tan intenso
El mío, y que de esto infieres
Que somos ingratos seres, —
Si es así como nos nombres, —
Nosotros los tristes hombres
Con vosotras las mujeres.

Pero esto nace, bien mío,
No de que es mi amor menor,
Que mudo es profundo amor
Cual mudo es profundo un río;
Nace de que mi albedrío
Teme entrar en la mar honda
De amor, y que ella me esconda
Tanto, que nauta inexperto
Me encuentre lejos del puerto
Sin vela, timón, ni sonda.

Porque ese amor, frenesí
Que las entrañas devora,
Hoguera atormentadora
Que rompe fuera de sí,
No es amor digno de ti,
Ni digno de mi laúd;
Sino el que es placer, salud,
Paz, esperanza, consuelo,
Apacible como el cielo,
Dulce como la virtud;

Amor que no arruga cejas
Ni deja crecer desvelos,
Sembrado de bellos celos
Y de enamoradas quejas;
Rico de memorias viejas
Que las guarda una por una,
Que ríe al ver una cuna,
Que al ver una tumba llora,
Adorador de la aurora,
Bendecidor de la luna;

Que encuentra más poesía,
Más placer y más beldad
Al campo que á la ciudad,
Y á la tiniebla que al día;
Que ama la melancolía
Sin ir tras la soledad;
Que estima la sociedad,
Detestando su egoísmo;
Que va tras el heroísmo
Y no tras la vanidad;

Amor que va á la conquista
De lo grande y verdadero,
Torciendo el rostro al dinero
Y volviéndolo al artista;
Que ve en el mundo una lista
De goces castos y buenos,
Que de vil codicia llenos
Los más se dejan atrás,
Y en vano buscan los más
El bien que gozan los menos.

Este misterioso amor,
Todo dulzura y paciencia,
Que es hijo de la inocencia,
Y es hermano del pudor,
El mundo escarnecedor
Sueño, mi bien, lo apellida,
Lo mofa y lo dilapida;
Pero bien sabes, mi encanto,
Que más vale el lloro santo
Que la risa descreída.

Quien busca amor y belleza
No hay que le aflija ni asombre,
Pues cuando le cansa el hombre,
Halla la naturaleza.
El que con bestial pereza
Levanta un ara dorada
Á su codicia malvada
¿Qué espera del egoísmo?
Tras el fastidio, el abismo
De la inexplicable nada.

DE CODOS EN EL PUENTE

> Le poète en des jours impies
> Vient préparer des jours meilleurs,
> Il est l'homme des utopies,
> Les pieds ici, les yeux ailleurs.
>
> VICTOR HUGO,
> *Les rayons et les ombres.*

San Juan murmurante, que corres ligero
Llevando tus ondas en grato vaivén,
Tus ondas de plata que bate y sacude

Moviendo sus remos con gran rapidez —
Monstruoso cetáceo que nada á flor de agua —
La lancha atestada de pipas de miel:
San Juan, ¡cuántas veces parado en tu puente
Al rayo de luna que empieza á nacer,
Y al soplo amoroso de brisas fugaces
Frescura he pedido que halague mi sien!

Entonces un aura, la más apacible
Que en ondas marinas se sabe mecer,
Que empapa sus alas en ámbar süave,
Y á aquel que la implora le besa fiel,
Haciendo en las olas que mansas voltean,
Un pliegue de espuma, deshecho después,
Llegaba á mis voces, cercábame en torno,
Bañando mi frente de calma y placer:
Y yo, silencioso y á par sonriendo,
Á Dios daba gracias del hálito aquel,
Del beso del aura que casi es tan dulce
Como es el de amores que da una mujer.

Mas siempre que pongo, San Juan murmurante,
El codo en el puente, la mano en la sien,
Y siempre que miro los rayos de luna
Que van con tus ondas jugando tal vez,
Cavilo qué fuiste, cavilo lo que eres:
Y allá en las edades que están por nacer,
Medito si acaso serás este río
Que surca la industria con tanto batel,
Ó acaso un arroyo sin nombre, sin linfa,
Que al pie de un peñasco, sin ser menester,
Estéril filtrando, te juzgue el que pase

Vil hijo de un monte sin nombre también:
Que al paso que llevan los varios sucesos,
Que nunca atrás vuelven el rápido pie,
No extrañan los ojos ver llanos mañana
Los cerros cargados de quintas ayer.

Asáltame á veces algún pensamiento
Que el seno me oprime, y el débil poder
Del ánimo triste ni basta á templarle,
Ni estorba tampoco que hiera cruel —
Amante ardoroso del arte divino
Que esparce los rayos del claro saber,
Sectario constante de todas ideas
Que al lento progreso le suelten el pie,
Desnudo de fuerza, privado de apoyo,
Engasto en la rima, que sabe correr,
Los gritos, los ecos de hermosa cultura,
Que atajen los males y tiendan al bien.

Mas ¡ay, manso río! que van mis canciones
Como esas tus ondas: en dulce lamer
Las unas tras otras tus márgenes corren,
Y allá en la bahía se pierden después.
Y no me conceden los mudos destinos
La gloria profunda y el hondo placer
De verte ¡oh Matanzas! ciudad adorada,
Que en dobles corrientes el rostro te ves,
Colmada de fuerzas, colmada de industria,
Feliz acogiendo sin agrio desdén
Las artes hermosas que vagas mendigan,
Y al vicio dedican su triste niñez.

Con todo, yo espero (porque es la esperanza
La amiga que el vate no puede perder)
Que vean mis ojos un alba siquiera,
Si un sol de cultura mis ojos no ven.
Si no ¿de qué sirven, San Juan apacible,
Tus aguas que brillan en manso correr,
Tus botes pintados de rojo y de negro
Que atracan airosos á tanto almacén,
Y el canto compuesto de duros sonidos
De esclavos lancheros que bogan en pie,
Y alzando y bajando las palas enormes
Dividen y azotan tus ondas de muer?

MENDIVE

Rafael María Mendive y Daumy nació en la Habana el 24 de octubre de 1821. Concluidos sus estudios de leyes en la Universidad, pasó á Europa (1847), y se consagró al cultivo de las letras. Regresó á Cuba en 1852. Fué nombrado (1864) director del colegio superior municipal de la Habana. Cuando estalló la insurrección de 1868, Mendive se unió á los patriotas, y peleó por la libertad. En 1869 fué preso, y poco después deportado á España. Tras corto tiempo de residencia en España pasó á Nueva York, donde permaneció hasta que, con la paz del Zanjón, regresó á Cuba. Murió el 24 de noviembre de 1886.

En las poesías de Mendive hay espontaneidad, sentimiento y verdad. Sencillo, tierno y pulido, agrada este poeta cubano por la dulzura de sus versos y los delicados matices con que engalana sus composiciones.

YUMURÍ

Dos veces no más mis ojos
Se fijaron en tus ondas,
Y desde entonces no puedo
Apartar de la memoria
El espejo de tus aguas,
Ni la espuma con que mojas
De las flores de tu orilla
Las perfumadas corolas,
Ni la luz de las estrellas
Que penetra hasta en las sombras

De tu seno oscuro y frío,
Iluminando radiosa
El sepulcro donde encierras
Las páginas de tu gloria.
Adondequiera que vuelvo
Mis ojos, miro tus ondas;
Y del alma se me escapan
En lucha atormentadora
Suspiros, que por ardientes
No hay pecho que los recoja,
Ni labio que los repita,
Ni corazón que los oiga;
Pues parece que con ellos
En comunión misteriosa,
Como eléctrica centella
Que consume cuanto toca,
Va el espíritu invisible
De seres que ausentes lloran,
Y cuyas endechas tristes
Han repetido sonoras
Con sus arpas los poetas,
Los árboles con sus hojas,
Y con sus quejas las fuentes,
Y con su voz las canoras
Aves, que vuelan perdidas,
Como visiones hermosas,
Buscando en las soledades
Dulce paz y grata sombra.

¡Yumurí! de tus arenas
Yo bien sé la triste historia;
De tus aguas los suspiros

Repítenla á todas horas,
Y en vano será que el tiempo
Con su mano tenebrosa
Pretenda borrar sucesos
Que viven en la memoria.
Sigue lento y sigue suave
En tu marcha silenciosa,
Cristalino y manso río,
Y á los ecos no respondas
De las turbas que en tus aguas
Con alegres barcarolas,
Y al reflejo de la luna
En noches de mayo hermosas,
Invocar tan sólo saben
El nombre de la que adoran;
Ni te plazcan las plegarias
Que en tus márgenes entona
Con falsa voz la hermosura
Á quien los celos devoran,
Y lamentando sus penas
Con lágrimas mentirosas
Tus claras aguas enturbia,
Y tus recuerdos deshonra.

Repitan, sí, tus corrientes
Las canciones melodiosas
Del insigne Milanés
Que no canta, sino llora,
Y al son del arpa se queja
Con la *Fuga de la Tórtola;*
Y de *Codos en el puente*
Ve cruzar sobre las ondas

En la barca del progreso
Las imágenes hermosas
De las ciencias y la industria,
De las artes y la historia.
De Tolón las melodías
Repite también sonoras
Con la mágica ternura
Y el almíbar que atesoran;
Pues de amor es un poema
Cada verso en que te nombra,
Cada rasgo en que te pinta,
Cada endecha en que te llora.
Y arrullado por los ecos
De liras tan cadenciosas,
Ahogando recuerdos tristes
Desliza tus claras ondas,
Manso río, cual resbalan
Por mi rostro gota á gota
Las lágrimas con que escribo
Suspirando estas estrofas.

LA GOTA DE ROCÍO

Á MI AMIGO RAMÓN ZAMBRANA*

¡Cuán bella en la pluma sedosa de un ave,
Ó en pétalo suave
De nítida flor,
Titila en las noches serenas de estío
La diáfana gota de leve rocío
Cual vívida estrella de un cielo de amor!

* Célebre poeta y prosista cubano (1817–1866).

El álamo verde que el aura enamora,
El sauce que llora,
El verde palmar,
El mango sombroso, la ceiba sonante,
Cual fúlgido rayo de níveo brillante
La ven en sus hojas inquieta temblar.

Resbala entre rosas tan rápida y leve,
Tan frágil y breve,
Tan blanca y sútil,
Cual son de la vida los sueños de amores,
Y el beso de almíbar que en copa de flores
Nos brinda gozosa la edad infantil.

Acaso de un ángel la lágrima sea
Que amor centellea
Con luz celestial,
La gota de aljófar de un niño que llora,
La perla más blanca que vierte la aurora
Y lleva en sus alas el suave terral.

Soñando ternezas gallarda hermosura
El cáliz apura
De aromas y miel;
Y el lago sus ondas azules levanta,
El cisne se queja de amores y canta,
Y todo en la tierra respira placer.

¡Oh noche! ¡oh misterio de eterna armonía!
¡Oh dulce poesía
De sueño y de paz!

¡ Poema de sombras, de nubes y estrellas,
De rayos de oro, de imágenes bellas,
Suspenso entre el cielo, la tierra y el mar!

¡Oh, cómo gozoso en las noches de mayo,
Al trémulo rayo
De luna gentil,
Sentado en el tronco de un sauce sombrío
Tras gota apacible de suave rocío,
Pensé de mi madre las huellas seguir!

Y allí con mis versos en paz deleitosa,
Mis hijos, mi esposa,
Mis libros y Dios,
He visto las horas rodar sin medida,
Cual rueda esa perla del cielo caída,
Temblando en el cáliz de tímida flor.

¡Feliz si, muriendo, mis tristes miradas
De llanto bañadas
Se fijan en ti!
¡Feliz si mi lira brillante y sonora,
Cual cisne amoroso, con voz gemidora
Su queja postrera te ofrece al morir!...

Tú, al menos, podrás en gélida losa
Con luz misteriosa
Mi nombre alumbrar;
Y el ave sedienta verá con ternura
De un pobre poeta la lágrima pura
Allí sobre el mármol tranquila brillar.

LA SONRISA VIRGINAL

Muy más pura que la brisa
Y el perfume de las flores
Son ¡oh niña! los amores
De tu vida angelical;
Y más pura que del alba
La suave luz cariñosa,
En tu boca brilla hermosa
La sonrisa virginal.

Son de un ave tus delirios,
Es de un ángel tu mirada,
Y tu frente sonrosada
Es un iris celestial.
Tus suspiros son tus flores,
Son tus sueños tu inocencia,
Y es el sol de tu existencia
La sonrisa virginal.

Inocente cual las aves,
Van tus horas, van tus días
Sin tormentos ni agonía,
Sin dolores ni ansiedad;
En tanto que rueda leve
Por tu boca seductora,
Modesta como la aurora,
La sonrisa virginal.

Nunca dejes, linda niña,
Tu corona de claveles,

Y del mundo en los verjeles
Bebe el aura celestial.
Canta y corre dulcemente
Por el bosque y la floresta,
Mostrando siempre modesta
La sonrisa virginal.

El placer y los amores
Son tormentos y congojas,
Son las tristes pobres hojas
Que arrojó la tempestad....
Vive fuera con tu risa,
Con tu faz y tu embeleso,
Derramando en cada beso
La sonrisa virginal.

LA MÚSICA DE LAS PALMAS

¡Oh son! ¡oh voz! Tu mágica armonía
Del cielo se desprende en leves giros,
Llorosa como el ¡ay! de la agonía
Que exhala el corazón entre suspiros.

No de las hojas son los ecos vagos
Cuando marchitas bajan á la tierra;
Ni el lento murmurar de mansos lagos,
Ni el gemido del viento en la alta sierra.

Es música de espíritus que moran
Entre las pencas de las verdes palmas;
Encadenados mártires que lloran
La historia acaso de olvidadas almas.

Es música del cielo misteriosa
Que amores dice remedando quejas,
Como el céfiro libre, y melodiosa
Como el blando zumbar de las abejas.

De noche, cuando espléndida la Luna
Sus vivos rayos á la tierra envía,
Las palmas nos repiten una á una
Las frases de tan plácida armonía.

Nos la repite el eco que resuena
Entre las alas del sonoro viento,
Cuando nos finje en triste cantilena
Leve suspiro, ó funeral lamento:

Himno de amor que el alma escucha suave
Sin que pueda alcanzar en su embeleso,
Si es la voz querellosa de algún ave
Ó el eco espiritual de un casto beso.

¿Quién en Cuba no oyó vibrar sonora
En cada palma el arpa de un poeta,
Que alegre canta ó en silencio llora
Herido el pecho por fatal saeta?

¿Quién á deshora no escuchó temblando
La misteriosa voz de un alma ausente,
Que entre las palmas vive suspirando
Con su pasado bien, su mal presente?

¿Quién no recuerda en tarde solitaria
En plácido vagar embebecido,
Oyendo de las palmas la plegaria,
El ¡ay! de un corazón no haber oído?

¡Oh Cuba! yo bendigo entusiasmado
La cuna en que nací bajo tu cielo,
Y este raudal inmenso que me has dado
De evangélico amor y de consuelo.

En ti bendigo yo las maravillas
Con que el cielo nos brinda á todas horas,
Que tú á mis ojos más hermosa brillas
Cuanto más triste y oprimida lloras:

En ti bendigo yo la suerte mía,
Y entre tus selvas solitario ansío
En brazos de fugaz melancolía
Tu infortunio borrar con llanto mío.

Por eso á solas, cuando el Sol desmaya
Y su corona arroja entre los mares,
Absorto escucho en la desierta playa
El eterno gemir de los palmares;

Y en amoroso y vago devaneo
La cuerda del dolor inundo en llanto
Cuando escuchar en los palmares creo
La dulce prenda por quien lloro tanto:

La dulce prenda que en mejores días
Aquí en mi corazón mezcló amorosa
Con las más bellas illusiones mías
La flor de los suspiros misteriosa.

¡Ay! ¡Yo nunca pensé que así tan suave
Pudiera detenerse en el camino
De mi vida infeliz, la triste nave
Donde navego errante peregrino!...

¡Yo no pensé jamás que el sentimiento
Purísimo de amor que el alma encierra,
Trocado en religioso arrobamiento,
Me hiciera sin temor dejar la tierra!...

¡Mas pueda yo morir, morir gozando
Como las nobles y sensibles almas
Sobre un lecho de rosas, escuchando
La música solemne de las palmas;

Y la muerte vendrá sin que me asombre,
Y mi postrer adiós será un gemido,
Única prenda acaso que mi nombre
Haga eterno á despecho del olvido!...

MELODÍA

Al beso del aura
Se inclina la rosa,
Vertiendo amorosa
Su plácido olor;
Y llenos de aroma, de vida y consuelo
Los bosques, los ríos,
Las brisas y el cielo
Exhalan perfumes de paz y de amor.

Y es pura y es santa
La esencia primera
Que vierte hechicera
La tímida flor;

Como es inocente la lágrima pura
Que brilla en los ojos
De incauta hermosura
Al beso primero del aura de amor.

¡Cuán grato es entonces
Mirar seductoras
La vida y las horas
Pasar sin dolor;
Cual corren serenas en noches de estío
Las ondas azules
Del diáfano río
Al leve suspiro del aura de amor!

El ave nos brinda
Sus nítidas plumas,
El mar sus espumas,
Las flores su olor;
La tierra sus plantas fragantes y bellas,
Y el cielo sus nubes
Y blancas estrellas,
Antorchas divinas de paz y de amor.

Empero ¿qué valen
Del mar y las aves
Los cánticos suaves,
El vago rumor;
La luz y el aroma de estrellas y flores,
Si el alma no aspira
Los puros olores
Que lleva en sus alas el aura de amor?...

El mundo nos brinda
Sus ricos festines,
Sus bellos jardines
De angélico olor;
Y en tanto sentimos su dulce armonía
Los goces del alma
Nos dan poesía,
Y eternos nos dicen — la vida es amor.

INVOCACIÓN RELIGIOSA

No seré yo, mi Dios, quien á ti llegue
Cubierto de rubor, ni quien osado
Ante tu excelsa majestad desplegue
Del pensamiento el vuelo arrebatado:
No; yo sabré sin que el dolor me ciegue,
Padre infeliz, con ánimo esforzado,
Imitando el zumbar de mansa abeja,
Levantar hasta ti mi humilde queja.

Si en mis labios jamás la trompa de oro
Con épica expresión sonó robusta,
Ni en bélico cantar lancé sonoro
El grito de dolor que el alma asusta,
De ternura infantil todo un tesoro
Mi numen te dirá con voz augusta,
Y en fácil rima que cantando llora
Todo el inmenso afán que me devora.

Yo te diré porqué cuando serena
La noche su amplio manto de zafiros

Desplega hermosa, y de misterios llena
Á ti consagra un himno de suspiros,
De mi lira se escapan con mi pena
En ecos de dolor ó en blandos giros
Las quejas ¡ ay ! las quejas que mi pecho
Lanza en hirvientes lágrimas deshecho.

Yo te diré, mi Dios, porqué la tierra
Es desierto arenal para mis ojos,
Y el mundo todo para mí no encierra
Sino de muerte pálidos despojos;
Porqué donde paz hubo encuentro guerra,
Donde flores de amor, tan sólo abrojos;
Y es el eterno suspirar del viento
Mi grito de dolor y mi lamento.

Es ella, oh Dios, la hija idolatrada,
Por quien palpita el corazón y gime
En triste soledad; por quien trocada
En pena mi ilusión, su sello imprime
En mi frente el dolor, y acobardada
Ante su excelsa majestad sublime,
Ni acierta el alma á comprender, ni alcanza
Más luz ni salvación que tu esperanza.

¡ Ella, tan dulce al corazón, tan pura
Como el fresco rosal que en mayo enflora,
Mi luz providencial en noche oscura,
Y en horas de dolor mi blanca aurora !
¡ Ella, que objeto fué de mi ternura,
Y causa de mis quejas es ahora,
Pálida muere, y ante el Sol que nace,
Cual vaporosa nube se deshace !

Aquí me encuentra el alba contemplando
Su rostro angelical y sus cabellos
Que tantas veces me extasiaron cuando
Mis labios puse con delicia en ellos:
Sus ojos miro, y de pavor temblando
Contemplo cual se extinguen sus destellos,
Y cuan siniestro de la muerte brilla
El apagado tinte en su mejilla.

Y entre mis manos trémulas estrecho
Sus manos con placer; su frente oprimo
Enternecido á mi convulso pecho
Pensando así que su salud reanimo;
Y con mi aliento avivo de su lecho
El extinto calor, y el fuego animo
De sus marchitos labios, donde impresos
Aun viven para mí tan dulces besos.

¡Oh, tú del corazón la flor más bella
Que en mis huertos de amor naciste un día!
Deja que siga tu impalpable huella
En alas ¡ay! de la esperanza mía;
Deja que mire en ti la blanca estrella
Que, cual la escala de Jacob, me guía
Desde el lecho infeliz do vivo atado
Hasta tu regio alcázar encantado.

Sí, mi Dios, sólo tú que Omnipotente
Los orbes llenas y el espacio inflamas
Con tu inmenso poder; que en saña ardiente
La tierra puedes convertir en llamas,

Ó hacer que broten de inexhausta fuente
Floridos bosques, vastos panoramas,
Y soberbios palacios á millares
Desde el oscuro fondo de los mares;

Tú, para quien el Sol no tiene ocaso,
Ni el águila caudal pujante vuelo,
Y el Orbe treme cuando siente el paso
De tus divinas plantas en el cielo;
Que enciendes este fuego en que me abraso
Y de las nieblas desgarrando el velo
Entre las galas de bellezas tantas
Coronado de rayos te levantas;

Tú, que al cristiano corazón le prestas
Potentes alas con que á ti se encumbre,
Y en todo tu esplendor te manifiestas
Del vívido relámpago en la lumbre,
Y en las sombras que pueblan las florestas,
Y en el raudo torrente, y en la cumbre
De las altas montañas donde eterno
Sus nieves cuaja el borrascoso invierno;

Tú, que lo puedes todo, al alma mía
Devuélvele la paz, pues que te imploro
Con la afligida voz con que solía
Invocarte David, cuando en sonoro
Salterio gemidor á ti pedía,
Goteando el corazón amargo lloro,
Piedad á su dolor y á su tormento
Al compasado son de su lamento.

Pon en mis secos labios la frescura
Del bíblico Cedrón, y el eco suave
De la lejana fuente que murmura,
Y el trino melancólico del ave;
Y mi voz no será de desventura,
Ni mi acento será de pena grave,
Sino el hosanna plácido que en coro
Los ángeles te dan en arpas de oro.

LUACES

JOAQUÍN LORENZO LUACES nació en la Habana el 21 de julio de 1826. Estudió filosofía en la Universidad, donde cursó luego derecho, y obtuvo el título de Bachiller. Luaces era redactor, editor y poeta. Murió el 7 de noviembre de 1867.

El triunfo conseguido por Cyrus Field con el primer telégrafo transatlántico inspiró á Luaces una magnífica oda, que obtuvo el primer premio en un certamen del Liceo Artístico y Literario. Compuso anacreónticas, en las que no tuvo rival en Cuba. Su oda *El Trabajo* fué el último canto del poeta: presentada en un certamen del Liceo, fué leída con admiración, y obtuvo por unanimidad el primer premio. Luaces se consagró en los últimos tiempos al cultivo de la literatura dramática, y sus laureles en este género no fueron indignos de los que había ganado en el lírico.

Enrique Piñeyro dice que Luaces « ascendía en su vuelo lírico á cumbres á que Heredia y la Avellaneda únicamente llegaron, á que no alcanzó ningún otro poeta cubano; pero faltáronle las gracias seductoras de estilo y de lenguaje que van derechamente al corazón » y que « no nos ha legado una sola de esas composiciones espontáneas, armoniosas en todas sus partes, que se graban en la memoria y pasan de boca á boca.» Por lo contrario, el crítico cubano Aurelio Mitjans declara que « las obras de Luaces le conquistan el primer lugar entre los líricos cubanos.»

ÚLTIMO AMOR

¡Oh Cuba, nombre dulce, indefinible
Á cuyo acento por mis anchas venas
La sangre al corazón se precipita!

Relucientes arenas
Del florido Almendares que apacible,
En dulce movimiento,
Blandamente recorre las amenas
Cubanas huertas al rumor del viento;
Palmas altivas, seibas sonorosas,
Agrestes sierras, playas espumosas
Que ataca el mar con ímpetu violento;
Tierra de promisión de que es escudo
El bramador océano;
Dulce Edén del Amor.... ¡Yo te saludo!

¡Yo te saludo, sí! Porque fecunda
La mano del Señor, oh patria mía,
Adornó tu recinto perfumado.
La masa ronca y fría
Del indomable océano te circunda
Con ceñidor flotante
De espumas de rizada encajería.
Tus árboles de copa murmurante
Y tus brisas marítimas halagan
Á los ganados que en tus bosques vagan,
Y nuestro sol fecundo y centellante
Brinda al aura, en incógnito santuario,
Habitación secreta
En montañas de mármol estatuario.

Ungida la melena con olores
Naciste, como Venus, de los mares,
Trigueña virgen que la frente adornas
Con cinto de palmares.
Besado por los púdicos Amores

Tu casto seno brilla,
Y cansada reposas en tus Lares
Tendido el cuerpo en la riscosa orilla.
Tus divinos contornos azotando,
Esa mar que te abraza murmurando
Su ronca voz á tu mirada humilla,
Y, más hermosa que la mar de Italia,
En espumas se rompe
Al sentir la impresión de tu sandalia.

Lanza rayos, que incendian, tu pupila,
Tus hebras se derraman por la espalda,
Y el verde manto que del hombro pende
Afrenta á la esmeralda.
Aunque la mar que amenazante oscila
Bramante las repela,
Parece que se arrojan á tu falda
Florida, Yucatán y Venezuela.
Baluarte rico de la mar caribe,
Tu frente besos del Amor recibe;
Y del norte avanzado centinela
En las olas del Seno mejicano;
Al ver tu gallardía,
Hija te llama Dios, reina el océano.

Tal vez, tal vez mi loco atrevimiento
Me lleve á más espléndidas regiones,
La frente hollando de la mar indócil,
De Europa las naciones
Visitaré de ilustración sediento.
La romántica Suiza
Escuchará en sus lagos mis canciones,

Veré á Roma que el mundo diviniza;
Á Florencia, á Parténope, á Ravena
Y á Venecia, la adriática sirena
Que el despotismo austriaco tiraniza.
Evocará cien héroes mi arrogancia,
Y escucharán mi canto
En Grecia Byron, Bonaparte en Francia.

Ó ilustradas naciones desdeñando
Del Sahara hollaré los arenales
Y los desiertos de la libre Arabia.
Por los tersos cristales
Del mezquino Jordán iré vagando;
Pensaré en Macedonia
Al ver de Alejandria los fanales
Ó el delicioso clima de la Jonia.
Á los beduinos pediré un asilo,
Los manantiales buscaré del Nilo;
Y donde estuvo altiva Babilonia
Demandará mi descordada lira
Á las sombras que vagan
Por las ruinas extensas de Palmira.

¡Seré feliz! Las rústicas grandezas,
Los monumentos célebres, la gloria
Harán que lata mi entusiasta pecho
Con esa muda historia
Que en piedras eterniza las proezas.
Inspiración sagrada,
Tronante como un grito de victoria,
Rodará por mi frente entusiasmada.
Iré del llano al elevado risco

Y del arco triunfal al obelisco....
Mas ¡ay de mí! con lengua sofocada,
Al mundo, entonces, pediré afanoso
La palma altisonante,
La indiana seiba y el mamey frondoso.

Doliente y afligido, aunque mi planta
La frente huelle al Himalaya helado,
Demandaré mis cañas bulliciosas
Al cielo despejado.
Á Albión altiva que á la mar quebranta
Pediré deliciosas
Las tardes de mi trópico inflamado,
Mis aguas puras, mis gallardas rosas,
Mis estrelladas noches y mañanas,
Las fuentes de mis tórridas sabanas,
Mis brisas de los mares cadenciosas....
Y en suma esas doncellas tropicales
Que de los labios vierten
La dulcísima miel de los panales.

¡Ley es fatal! Naturaleza escribe
Con ígneos indelebles caracteres
Esa ley general dentro del pecho.
En los humanos seres
El amor de la patria sobrevive,
Vencedor de la ausencia
Y de extranjeros goces y placeres.
El lapón, trasladado con violencia
Del Indostán á los brillantes montes,
Extraña allí sus vagos horizontes,
Sus chozas y su dura independencia;

Mientras que pide el libio en triste lloro
Á la apacible Italia
Su sol de fuego y sus arenas de oro.

Por tan sublime impulso dirigida
De Tell la flecha con fragor silvando
Desgarra el manto tutelar de Alberto.
Por él, « guerra » clamando
La inmensa multitud sobrecogida,
Las legiones ufanas
Del invasor terrible contrastando
Muere en Leuctres, Termópilas y Canas.
Por él Catón muriendo se engrandece,
Y triunfa Bruto y su ofensor perece;
Y del audaz Hiparco, haciendo vanas
Las duras leyes que sanciona el odio,
Con verde mirto cubre
Su fiel espada el vengador Harmodio....

¡Oh Cuba dulce, perla abrillantada,
Tierra del sol, Edén resplandeciente!
¿Quién más bella que tú? ¡Mundo, responde!
Un sol más esplendente,
Una atmósfera azul más despejada
No existe bajo el cielo
Del Sur al Norte, ni de Ocaso á Oriente.
Si alguna vez, acaso, patria mía,
Gimes de horror con pálidos afanes,
Al tronar sobre ti los huracanes,
Más hermosa despiertas todavía,
Como levanta con orgullo nuevo,
Después de la batalla,
La herida frente el lidiador mancebo.

Yo....mísero cantor, solo y perdido,
Sin amores y en hondo desconsuelo
Padezco sin cesar, el alma presa
De fúnebre desvelo.
El corazón con rápido latido
« Cantor, con una amante,»
Así me dice, « encontrarás consuelo.»
Yo quiero obedecer. ¡Arda incesante
El fuego del amor! ¡Venid con rosas,
Oh driadas de mis campos amorosas!
¡Alzad al cielo un himno delirante!
¡Mirad mi desposada! ¡Lluevan flores!
¡Yo, Cuba, te proclamo
La virgen de mis últimos amores!

EL CORSARIO

En un negro bajel que destrozaron
Batallas duras y azarosos viajes,
Triste cantaba trovador marino
Á compás de la brisa susurrante:

« Yo, marino de amor, de nuevo surco
Las claras ondas de los patrios mares;
Torno á la playa que partir me viera
Y de llanto me inunda mi semblante.

¡Ay! ¡Cuán diverso mi bajel cansado
Volvió á ver de mi costa los fanales,
De aquella que en un tiempo, audaz y fiera,
Zarpó del puerto vencedora nave!

Ha deshecho sus cóncavos costados
El bronce destructor de los combates,
Y sus lonas y drizas deslustraron
Con el soplo feroz las tempestades.

Tú, Juventud, que en el dorado busto
De la soberbia proa te elevaste,
Fuiste, al fin, en el Ponto sumergida
Á tanto duro destructor embate.

En vano, en vano mis flotantes rizos
Con perfumadas flores coronaste;
Ya cayeron marchitos y sin hojas
De mi frente los blancos azahares....

¡Olvide siempre el borrascoso día
En que, presa de fiebre delirante,
Hastiado ya del apacible puerto,
Las blancas lonas desplegué á los aires!

Á toda vela devoré el océano,
Dejando de mi patria los hogares,
Y ofreciendo á la brisa juguetona
Mi soberbia bandera de combate.

Con guirnaldas de flores y con cintas
Cubrí la popa y los altivos mástiles,
Y entre flámulas mil y banderolas
Suspendí en el alcázar mi estandarte.

No hubo nave que viendo mi divisa
Al corsario de amor contrarrestase,
Y todas las banderas se humillaron
Al mirar extenderse mi velamen.

Rico de naves, pero hastiado siempre,
Dejé las presas que gané con sangre,
Abandonadas en la estéril playa
De alguna costa de región salvaje.

Si otro bajel, mis presas disputando,
Á mi marcha se opuso amenazante,
Al tronar de mis cóncavos cañones
Audaz lancé mi gente al abordaje.

Y siguiendo mi curso despedido,
Arrancados á estúpidos rivales
Los mirtos del Amor, sobre mis sienes
Sombra dieron al pálido semblante.

Mas ¡ay! á cada triunfo vió más débil
El cansado bajel su mole grave,
Y los secos maderos recrujían
Del ancho mar al peligroso embate.

Deshicieron mis lonas y banderas
Del Vendabal las ráfagas fugaces,
Y miré destrozadas mis entenas,
Pues cada triunfo me valió un combate....

¡Adiós los sueños de dorados goces
Al rumor de mis cánticos marciales!
Inútil el bajel ya busca el puerto
Dejando de la guerra los azares.

Que fué tan rica la postrera presa,
Que aquel que nunca palpitó cobarde,
Ya teme que un corsario aventurero
Su conquista magnífica arrebate.

Al abrigo del puerto sosegado
En paz tranquila viviré constante,
Y en la apresada nave mi bandera
Desplegarán los plácidos terrales.

¡Ay! Yo pude hace tiempo sosegado
Con la serena paz alborozarme,
Sin desafiar las lúgubres borrascas,
Cuando era joven mi bajel pujante.

Entonces, orgulloso, por el día
Vestido hubiera del placer el traje;
Volando por la noche á mis festines
Al brillo temblador de mis fanales.

Mas, tarde conocí mi desacuerdo,
Y al buscar el reposo de mis Lares,
El mísero bajel sostiene apenas
De las olas del puerto los embates.

Destrozados sus mástiles altivos
Cayó al mar desgarrado mi estandarte:
Despedazada al Vendabal ofrezco
Mi soberbia bandera de combate....

¡Oh jóvenes marinos, que en el puerto
Queréis surcar los procelosos mares,
Vivid tranquilos en la patria orilla,
No busquéis del amor las tempestades!

Haced que se deslice vuestra barca
De una tranquila mar por los cristales,
Que si habéis de tornar al puerto amigo,
¿Porqué esperar á que los años pasen?»

Cesó el corsario. — Un trémulo suspiro
Le contestó de la apresada nave;
Y flameó la bandera del corsario,
Destrozada, es verdad, pero arrogante.

CAÍDA DE MISOLONGI

CANTO DE GUERRA DEL GRIEGO

¡VENGANZA, *griegos: Misolongi en ruinas*
Bajo el alfanje de Ibrahín cayó!
¡Halle siempre el muslim, cual en sus muros,
Al griego muerto, pero esclavo no!

Cayó el baluarte de la antigua Etolia
Del fiero Islam en las sangrientas garras,
Que ayudó á las infieles cimitarras
Aun más que el hambre criminal traición.
Vendidos nuestros míseros hermanos
Reposan en sangrienta sepultura.
¡Siempre acompañe, en su mansión oscura,
Al nuevo Epialtes nacional baldón! —
¡Venganza, griegos, etc.

Yo he visto, combatiendo hasta la muerte,
Á las falanges griegas valerosas
Primero que la mano á las esposas
Presentar al acero el corazón.
¡Ay! Yo he visto á las tímidas mujeres,
Ardiendo en llamas de entusiasmo vivo,
Antes que el cuerpo al vencedor lascivo
El alma dar con entereza á Dios.
¡Venganza, griegos, etc.

En el campo murieron los soldados,
Murió el etolio en la ciudad sagrada;
Y fué tanta la sangre derramada
Que el mar, de verde, se trocó en carmín.
Cercado de cadáveres cristianos
De la llama á las ráfagas ardientes....
« ¡ Exterminad, exterminad, creyentes! »
Clamaba ronco el musulmán chaik.
¡ Venganza, griegos, etc.

Ya son ruina y no más aquellos muros,
Altivas torres, sólidos baluartes,
Donde flotó en soberbios estandartes
Del Hombre-Dios la enrojecida cruz.
¡ Venganza, griegos! ¡ Misolongi ha sido!
¡ Sangre por sangre, crímenes por crimen!
¡ Infamia á los cobardes que se eximen
De comprar, batallando, un ataúd!
¡ Venganza, griegos, etc.

¿ No oís, no oís el grito de venganza
Que en Grecia toda repetir se escucha?
¡ Venid, valientes! Renació la lucha.
¡ La gloria siempre del osado fué!
Si el turco se debate á vuestras plantas,
Lanzad contra él, indómito el caballo,
Y rompa el férreo y resonante callo
La humilde frente del postrado infiel.
¡ Venganza, griegos, etc.

¡ Al arma todos! Al combate luego;
Y que sepa Mahamud, nuestro verdugo,

Que el griego sable, quebrantando el yugo,
El yatagán del bárbaro melló.
¡Al arma, al arma, desnudad el hierro!
¡Quebrantad las cabezas agarenas!
¡Rompedles en las frentes las cadenas,
Y que espiren de rabia y de baldón!
¡Venganza, griegos, etc.

Las sombras ya palpitan de entusiasmo
De vuestros nobles, bravos ascendientes.
¡Allí está Maratón! ¡Mirad, valientes,
Donde Platea y Salamina están!
Cuando triunfantes del Islam impuro
La santa cruz elevaréis gloriosa,
Rompiendo el mármol de la tumba honrosa,
Philopemen la frente asomará.
¡Venganza, griegos, etc.

El silencio responda á sus clamores,
Á sus alfanjes oponed espadas,
Y á sus garzotas de color preciadas
El gorro frigio audaces presentad.
¡Adelante, adelante! ¡Herid! ¡Son vuestros!
El Señor los entrega á la venganza.
¡Suene el clarín, y la nudosa lanza
Cien cuerpos do clavarse encontrará!
¡Venganza, griegos, etc.

Los santos, los patriarcas consagrados,
Por contrastar el infernal delirio,
Con las sangrientas palmas del martirio
Ciñeron bravos la modesta sien....

Si han podido unos débiles ancianos
Regar con sangre propia sus laureles,
¿No podremos, muriendo, los donceles
Martirio santo recibir también?
¡Venganza, griegos, etc.

Pensad, palideciendo, que esos viles
Vuestras esposas, sin pudor, robaron,
Y con ellas las salas adornaron
Del harem voluptuoso del Sultán.
Y vuestras hijas — pudorosos lirios —
Por la fuerza brutal arrebatadas,
Se vieron en los brazos arrojadas
Del despótico y bárbaro bajá.
¡Venganza, griegos, etc.

¡Volad, volad! ¡Batid á los tiranos,
Degollad al vasallo y los emires;
Haced con los flotantes cachemires
Gualdrapas al caballo vencedor!
¡Romped sus haces! ¡Derramad su sangre!
¡Venganza por la patria dolorida!
¡Y si es preciso que perdáis la vida,
Perdedla, griegos, en la lid feroz!
¡Venganza, griegos, etc.

¿Qué es la vida del griego? Lenta muerte,
Vida de mengua y abyección infame,
En que sucumbe ó abatido lame
La vil cadena que le ciñe el pie.
¡Oh Manes de Trasíbulo y Harmodio,
Oh sombra gigantesca de Tirteo!

¡Antes que viva deshonrado Alceo,
Que el griego muera, combatiendo, haced!
¡Venganza, griegos, etc.

La Grecia toda se despierta armada....
¡Venid, venid con reposado pecho!
¡Que asista Dios al de mejor derecho,
Y nuestras frentes ceñirá el laurel!
De Misolongi el pavoroso grito
Con bronco estruendo repitió el Pireo:
Salvó el jónico mar, salvó el Egeo
Y á Europa y Asia retumbando fué.
¡Venganza, griegos, etc.

Llegó á las nubes el terrible acento,
Y en el cielo se alzaron por legiones,
Depuestas de la tierra las pasiones,
Los héroes griegos de remota edad.
Con la sombra del bravo Aristomenes
Las de Arato y Filipo se abrazaron....
Y crujiendo las lápidas saltaron
De los califas que adoró Bagdad.
¡Venganza, griegos, etc.

Ya la Bretaña á combatir se arroja,
Nos manda bravos la gentil Lutecia.
¡Cual sol naciente se alzará la Grecia,
Cual Misolongi caerá Estambul!
Y cuando avance el moscovita fiero,
Y mire el turco su guerrera tropa,
Ese tártaro estúpido de Europa
Postrado en tierra adorará á Jesús.

¡Venganza, griegos: Misolongi en ruinas
Bajo el alfanje de Ibrahín cayó!
¡Halle siempre el muslim, cual en sus muros,
Al griego muerto, pero esclavo no!

LA VIDA

Como el voluble océano,
Hoy tranquilo, mañana tempestuoso,
La vida del humano,
Que se fatiga en vano,
Se pasa sin reposo
Por camino desierto y escabroso.

La verde Primavera
Huye el calor del abrasado Estío,
Y Otoño, la severa
Intonsa cabellera,
Del cano Invierno frío
Que cuaja en los arbustos el rocío.

Los ríos placenteros
Corriendo van á los turgentes mares
Por húmedos senderos;
Y escóndense altaneros
En pálidos manglares,
Dejando atrás colinas y palmares.

Así corre la vida
Por sendero con flores matizado,
En presurosa huida,

Hasta llegar perdida
Al recinto callado
Que sepulcro los hombres han llamado.

Ni el magnate orgulloso,
Ni del rey los altivos consejeros,
Ni el guerrero brioso,
Ni el rico voluptuoso
De tristes pordioseros
Dejan de ser, entonces, compañeros.

Allí nuestros placeres
Sepúltanse, por siempre, confundidos.
Allí todos los seres,
Los hombres — ¡las mujeres! —
Y los brutos son idos
Y entre polvo y escoria refundidos.

Y ¿porqué tal anhelo
En pulir de la Suerte las cadenas?
Las torres que hasta el cielo
Se elevaban del suelo,
De leve polvo llenas,
Esmaltan del desierto las arenas.

Cual quedan en la pira
Cenizas del nabab, con gloria muerto,
El corazón suspira
Cuando en escombros mira,
Como gigante yerto,
Las ruinas de Palmira en el desierto.

En incesante giro
Alumbra cada sol un nuevo estrago
Que en las historias miro.
Así cayera Tiro,
Así, al latino amago,
Cayó en escombros la infeliz Cartago.

Desde que el duro griego
Contra Ilión marchó de rabia armado,
Y en su venganza ciego
Puso á los muros fuego....
¡Cuánto diverso estado
Ha sido entre cenizas sepultado!

Del meda poderoso,
Del romano de tierras dilatadas,
Del azteca brioso,
Del inca majestuoso
Las leyes profanadas
Del mundo fueron por jamás borradas....

Así con pecho fuerte
Debe el hombre marchar siempre sereno;
Porque siendo su suerte
Caminar á la muerte,
Correr debe á su seno
El noble corazón de audacia lleno.

Y no agitarse en tanto
Por mirar á sus plantas la Fortuna
Postrada con espanto;
Que si es su herencia el llanto,
No espere dicha alguna
Quien empieza á llorar desde la cuna.

LA SALIDA DEL CAFETAL

Tasca espumante el argentino freno
El bridón principeño generoso:
Enarca el cuello en ademán rifoso
De noble ardor y de soberbia lleno.
La dura boca en el membrudo seno
Exhala un resoplido estertoroso,
Y bate con estrépito ruidoso
Con fuerte callo el desigual terreno.
Suelta la crin de la ondulante cola,
Abierta la nariz, el ojo esquivo,
Poco es el llano á su impaciencia sola.
Salta mi bien, al fin: toma el estribo,
El restallante látigo enarbola
Y parte el bruto con su carga altivo.

LA GUERRA

Aborto del Infierno, Guerra infame,
¡Cuántas veces la tierra despoblada
Ha sido por tu brazo furibundo,
Desde el Ganges al Tajo,
Y de Sarmatia helada
Hasta el cabo terrible
En borrascas fecundo,
Que limita las tierras africanas,
Postrero linde del antiguo mundo!...

Mas ¿qué fuera de ti, Numen odioso,
Si á tus negros designios no ayudase
El humano furioso?
Nace el hombre; y el sello generoso
Del Autor inmortal brilla en su efigie;
La razón, la conciencia
Alas dan á su noble inteligencia:
¡Vanos dotes! Monarcas de los mundos
Cada cual para sí quiere el espacio
Á todo suficiente, y su palacio
No mira con el propio regocijo,
Al contemplar el mísero cortijo
Donde encierra el pastor por escuadrones,
Ufano con su alegre independencia,
Las ovejas de cándidos vellones,
Orgullo y honra de su tosca ciencia.

Anhela entonces su ánima irascible
Las tablas pobres del redil contrario;
Su antorcha negra la Discordia atiza,
Atropella el monarca su decoro;
Y levantando ejército nefario,
Tú, Carlos de Borgoña, temerario,
Rico en provincias donde sobra el oro,
Feroz llevas la guerra
Á los riscos indómitos de Suiza,
De Suiza pobre, mas dichosa y libre;
Y en el terrible choque,
Rompidos tus brillantes caballeros
Contra el pecho indomable
De montañesas hordas de pecheros,
Ejemplo dando á la veraz historia,

Es la cruz de Borgoña destrozada,
Del Helvecio feroz la gloria aumentas
Y en Grandson y en Murat rindes la espada.

En los paternos campos
Satisfecho y alegre
El tropel de afanosos labradores
En verdes llanos de pintadas flores,
Al puro rayo de la rubia Aurora,
Doradas mira las flotantes mieses.
En las ricas ciudades
Que elevan hasta el cielo en obelisco
Las cúpulas soberbias,
Un pueblo mercantil bulle contento,
Que el beneficio de la paz disfruta.
Ya dan al manso viento
Las velas los bajeles domadores
Del líquido elemento,
Recargados sus flancos á porfía
Con varia mercancía.
Ya truecan, en el puerto concurrido,
Por las pieles famosas de Siberia
Del Indostán la ardiente especiería;
El hierro belga y el café de Moca
Por el marfil compacto de Liberia;
El tabaco riquísimo de Cuba
De París por la rica joyería.
Y todo es movimiento,
Actividad y ruido y alborozo....
Mas se oye un ruido ronco: el mar se aterra.
¡Adiós, pueblo infeliz, adiós tu gozo!
¡Llama á tus muros la implacable Guerra!

¡Todo el placer voló! Gime la esfera
Al reventar de la cargada bomba:
La mina estalla atronadora y fiera
Como al romperse la marina trompa.
Ya son ruinas los fuertes torreones,
Los ricos pabellones,
Los soberbios palacios,
La Bolsa, Aduana, Termas y jardines.
El sacerdote sin concierto corre
Al desplomarse la encumbrada torre:
Vuela el soldado audaz á la trinchera
Por la enemiga gente superada;
En vano esgrime la sangrienta espada,
Llegó el momento en el diamante escrito
Del libro inexorable:
Por cien partes distintas se abre ruta
El enemigo á la ciudad postrada.
¡Escena de pavor! La hueste fiera
En las estrechas calles derramada
Incendia y roba y mata y extermina.

Los ancianos inermes,
La matrona severa,
Los infantes llorosos,
Huyendo acelerados,

Perecen por el casco atropellados
De los corceles del contrario adusto.
Y....¡feliz la doncella que en el seno
Del joven combatiente
Halla la muerte!... ¡El prometido esposo,
Al espirar después como valiente,
Postrer adiós del infeliz al mundo,

Podrá rozar con labio moribundo
De la intacta beldad, pura la frente!

. . . .
. . . .

¡Monstruo terrible, qué! ¿Será que siempre
Codicioso de sangre,
El licor que en las venas generosas
Circula de los hombres infelices
Te servirá de bárbaro alimento?
¿Será que nunca, horror de las esposas,
Satisfecho estarás de mortandades?
¿Será que siempre, odioso monumento
Del rencor y la furia,
Irás en pos de la implacable Injuria
Para mengua y baldón de las edades?
¡Cesa, monstruo voraz, cesa un momento
Tu misión de exterminio!
¡Vanas voces! La Guerra en bronce armada
Hierros y antorchas blande ensangrentada,
Incendia campos y devora aldeas....
¡Monstruo insaciable y vil, maldito seas!

Á MÉJICO

Con motivo de la derrota de los franceses el cinco de mayo de 1862

¡Tronó el cañón! ¡Victoria! Ya el Destino
Fallo justo esta vez ha pronunciado:
De Anáhuac el intrépido soldado
Abrió á su gloria salvador camino.

Creyendo combatir al argelino
Avanzaron con pecho denodado,
Para morder el polvo ensangrentado,
Los hombres de Magenta y Solferino....
¡Cuál Napoleón primero halló en España
El primer eslabón de su cadena,
Lo halle el tercero en tu mortal campaña!
¡Constancia, unión, y el Águila del Sena,
Al noble impulso de la patria saña,
Tendrá un Moscow en donde busca un Jena!

ORACIÓN DE MATATÍAS

CANTO BÍBLICO

Señor, tu diestra inexorable alzada
Cayó sobre nosotros;
Y en la corriente del Jordán sagrada
Bañó el asirio sus domados potros.

De Benjamín y de Judá los justos
Sollozan con espanto;
Los débiles se postran, los robustos
Se cubren la cabeza con el manto.

Los ágiles de pie á los desiertos
Huyeron advertidos,
Y los de fuertes brazos fueron muertos
Y en afrentosas cruces suspendidos.

No hay varón de saber que no se vea
En torpe cautiverio,
Y reina en las campiñas de Judea
La espantable quietud del cementerio.

De tu pueblo, Señor, con los caudales
Los crueles levantaron
Un alcázar que barre los umbrales
Del templo en que los justos te adoraron.

Aplaude al contemplar la ciudadela
El bárbaro idumeo,
En tanto que el asirio centinela
Rechaza de las aras al hebreo.

El cáliz de la afrenta hasta las heces
Nos dió á beber tu mano;
Y sólo vemos extranjeros Jueces
En vez del Sacerdote y el Anciano.

Nuestro dueño vigila nuestras fiestas,
Ya bailes, ya festines;
Y apaga nuestras tímidas orquestas
Con el ruido triunfal de sus clarines.

Dondequiera que el pueblo se alboroza,
Acuden los malvados;
Y cuando el astil nuestra espalda roza,
Nos vemos por sus risas afrentados.

¡Señor, Señor, el cáliz ya rebosa!
¡Piedad para tus hijos!
Los dardos de tu ira poderosa
Mire el tirano en sus entrañas fijos!

¡Que te sienta, y que tiemble y palidezca;
Y en sus brazos opresos,
Que la mórbida carne se entumezca;
Que se hiele la médula en sus huesos!

¡Que el frígido sudor de la agonía
Sus cabellos inunde;
Y al entreabrir los ojos noche umbría,
Con el sol en el zenit, lo circunde!

¡No tengan para él llanto los ojos
De libres ni de siervos;
Dispútense sus fúnebres despojos
Las hienas y los lobos y los cuervos!

¡Danos, danos, Señor, un varón fuerte,
Según nuestro deseo,
Como el intonso que llevó la muerte
Y el fuego y el terror al filisteo!...

¡Señor, que vuele cual león hambriento
Que ataca los pastores;
Que al soplo irresistible de tu aliento
Se postren de Judea los señores!

¡Que pagando sus pérfidas maldades
Se abatan sus soldados,
Y que busquen refugio en sus ciudades
Por pánico terror aguijoneados!

¡Que donde planten vencedora tienda,
Los invasores cieguen;
Que al ronco ruido de marcial contienda
Las dispersadas tribus se congreguen!

¡Por el centro hostigados y los flancos,
Perezcan los infieles;
Precipita, Señor, en los barrancos
Jinetes, peones, carros y corceles!

¡Danos, danos, Señor, un varón fuerte
Según nuestro deseo;
Como el intonso que llevó la muerte
Y el fuego y el horror al filisteo...!

Mas si acaso desoyes nuestras preces,
¡Fortalece al Anciano!
¡Dale, Señor, de los antiguos jueces
El firme pecho, la robusta mano!

Mis hijos todos — Judas el primero,
De los viles azote —
Ceñirán los arneses del guerrero;
Será su capitán el Sacerdote.

Acaso morirán porque tu brazo
No aflige al enemigo;
Pero al cumplir el invariable plazo,
En tumba honrosa yacerán conmigo.

Y algún valiente que el morir no arredra
Con fúnebres trofeos,
Acaso grabe sobre tosca piedra:
« Aquí duermen los últimos hebreos.»

¡Mas, no!... En la losa leerá el asirio
De rabia y pena loco:
« Cubierto con las palmas del martirio,
Aquí reposa el vencedor de Antioco.»

Pronto, muy pronto, entre clamor inmenso
Relucirán las teas;
La misma diestra que te ofrece incienso
Armada se alzará.... ¡Bendito seas!

Á CYRUS FIELD*

POR LA INMERSIÓN DEL CABLE SUBMARINO

Coelo tonantem credidimus Jovem
Regnare; praesens divus habibitur
Augustus, adjectis britannis
Imperio, gravibusque persis.
HORAT., lib. III, od. V.

« ¡ Oíd, oíd ! ¡ Silencio !
¡ Monarcas, sabios, pueblos, de rodillas !
¡ Gloria á Dios, gloria á Dios en lo más alto !
¡ De buena voluntad, paz á los hombres !
¡ Honor á la metrópoli britana,
Aplausos al saber y á la fortuna;
Y salud á la Unión Americana,
De Field, de Fulton y de Franklin cuna ! »
¿ Oís ? ¡ Victoria ! Océano embravecido
En vano encorva las robustas olas
Del mar que azota el mejicano golfo
Al que brama en las costas españolas
De Gades bella en el torreado muro,
Agitando la atlántica llanura,
Y evocando los vientos iracundos
Para impedir el fraternal abrazo
Que con gigante lazo
Los pueblos une de encontrados mundos.
Ya la eléctrica sierpe sumergida
Reposa en las entrañas de los mares,
Y toca ya Bretaña encanecida
De la joven América los Lares.

Entre el Nuevo y Antiguo Continente
Del mar tendiendo la insegura vía,

*Cyrus West Field (1819–1892).

Naturaleza pródiga una ruta
Al navegante impávido ofrecía.
Desconocióla la ignorancia un día,
Nególa el fanatismo....y pavoroso
El pálido terror se estremecía
Al contemplar el piélago horroroso.
Si alguna vez avaros comerciantes
Con almas de mezquinos mercaderes
El mar ignoto á hollar se decidieron,
Sin el ánimo heroico del soldado,
Al rugido del monstruo amotinado
Con mengua del valor retrocedieron.

La ciencia se afanaba
Por explicar en vaga teoría
De nuestro globo la figura esférica,
Y del Orbe faltaba á la armonía
El inmenso volumen de la América
Que el no surcado atlántico envolvía,
En tanto que las olas impacientes,
Con que Tajo á la mar tributos rinde,
Á las salobres olas se juntaban,
Y unidas con las rápidas corrientes,
Del Anáhuac las tierras saludaban.

¡Mas fué Colón! Sus bravas carabelas
El furor del Océano domeñaron
Y los lucayos puertos abrigaron
Las españolas atrevidas velas;
Abrió el ilustre genovés piloto
Al comercio del mundo otras regiones,
Y preparó surcando el mar ignoto

La fraternal unión de las naciones;
Pero el rebelde Ponto amenazante
Siempre irritado con furor bramaba,
Y terror del experto navegante
Un abismo á sus plantas desplegaba
Que los dos continentes separaba....

¡Vino Fulton! Su diestra poderosa
Lanza el vapor al devorante abismo,
Domina audaz el viento,
Enfrena al monstruo que feroz se agita,
Del tardo tiempo el vuelo precipita;
Y rápida cual nuncio de ventura
La Savannah intrépida devora
En breves días la distancia inmensa,
Del ronco viento y de la mar señora.
Al verla, los altivos moradores
De la celosa Albión se demudaron,
Y las distantes y extranjeras playas
Con un grito de amor se aproximaron.

En fin, y más que todos venturoso,
Field atrevido con la ciencia armado
La cadena gigante
Lanza de Erín á Terranova osado,
Y de Valencia á Trinidad distante
Escrita apenas la palabra llega.

Al esfuerzo triunfante
El espacio y el tiempo suprimidos
En su inflexible despotismo cesan.
¡Ya el mundo de sus leyes se emancipa,

La Europa con la América se abraza!...
¡Mas, no! ¡mentí! Mayor es el prodigio....

¡No hay América ya; ya no hay Europa!
¡No hay pueblos diferentes,
Unos los hombres son, una la raza,
Uno solo y no más los continentes!...
¡Si Dios los separó, Field los enlaza!
Mas no fué sin luchar, que Dios tan sólo,
Al « *Hágase* » fecundo,
Del seno pudo de la noche umbría
Hacer surgir al luminar del día.

Pero los hombres pueden
El triunfo asegurar con la constancia,
Cual tú, valiente Field, que en tu arrogancia
Del Océano las iras desafiaste,
Y por vencer al mofador sarcasmo
Tus fuerzas y tesoros prodigaste....
¡Miradle, pueblos! ¡aplaudid, naciones!
¡Pensó, luchó, venció! Los temerosos,
En confusión trocada la jactancia,
Unen su ofrenda al nacional trofeo,
Y saludan con alma reverente
El lauro que el saber y la osadía
Del Genio ciñen á la noble frente.

En dos años dos veces te miramos
Luchar con el destino inexorable.
Dos veces tu desgracia deploramos,
Vencido el Genio, destrozado el cable.
¡Resistir infructuoso! La materia
En vano á tu constancia se oponía;

Cada nuevo desastre te animaba,
Y nuevas armas á tu fe prestaba
Con que todo á tu aliento sucumbía
La vez postrera.... Á tu sonoro acento
El eléctrico alambre se escondía,
        Y al encendido Oriente
        Y pálido Occidente
Como rayo flamígero corría,
Los ocultos abismos visitaba,
Y á las opuestas playas se acercaba.
¡Llegó por fin, llegó! ¡De lo profundo
Incólume surgió! ¡Cielos, victoria!
¡Oh triunfo digno de eternal memoria!
¡Cumplida está la comunión del mundo!
¡Cumplida está! ¡Cumplida! Las naciones
Por el poder magnético ligadas
        Se agrupan en legiones,
Al banquete social aparejadas.
Aunque rujan las olas sublevadas,
Aunque perezcan en común naufragio
Las naves todas que la mar oprimen,
Quedarán las naciones congregadas;
Será en vano que el mar oponga hirviente
Al Progreso sus líquidas barreras;
Que al paso de la rápida corriente
Se abrirán con aplauso las fronteras,
Las doctrinas del sabio venerable
El orbe inundarán de polo á polo,
La guerra al Orco bajará rugiendo,
Ilustraráse el pueblo embrutecido,
Y elevará la profanada frente
El paria en la ignominia sumergido.

¡Heredera de Albión, hija de Wáshington,
Y tú, Bretaña, de la mar señora,
Vosotras fuisteis para gloria eterna
Columnas graves de la empresa ilustre!
Los hombres, los tesoros, los navíos
Con generosa mano prodigasteis;
Y dignas fuisteis del laurel frondoso
Con que altivas las frentes coronasteis.

Los eléctricos signos ya conduce
Esclavizado el borrascoso Atlante,
Y al grito que en el Támesis resuena
Responderá Misisipí gigante.
¡América, la has visto orgullecida!
Solemnizando de la ciencia el triunfo,
El trueno del aplauso,
De palmadas y vítores nutrido
Aun el eco en Europa dilataba,
Y ya por la corriente conducido
En tus vírgenes bosques resonaba.

¿Qué gloria comparable habrá á tu gloria,
Gigante americano? ¿Puede el hombre
Hallar en sus anales
Quien eclipsando el brillo de tu nombre
Pueda lucir tus timbres inmortales?

¡Ciro, Cambises, Alejandro, César!
¡Pasad con vuestros carros y corceles
Que de cien pueblos la cerviz hollaron!
¡Pasad! Vuestros estériles laureles
El incendio y la muerte marchitaron,

Pero no los de Field.... Ellos florecen
Y sin sangre ni llanto reverdecen.
¡Vedlo sinó! Con diestra inmaculada
Del sabio ilustre conquistando el solio,
Ha subido al moderno Capitolio
Laureado y solo, sin pavés ni espada.

Predestinado Field; tu nombre augusto
Por la extensión del Orbe se derrama,
Y América radiosa de entusiasmo
Por hijo predilecto te proclama,
La Unión solemnizando tu victoria
Al templo te conduce de la gloria,
Y ha consignado tus heroicos hechos
En sus veraces páginas la historia.
En fiesta nacional tus compatriotas
Honrándote se honraron....
Los hombres, los donceles,
Los ancianos, los niños, las matronas,
Soldados, sacerdotes, oradores,
Tus pisadas cubrieron de laureles,
De palmas, de coronas,
De verdes ramos y olorosas flores.
Los vivas, las palmadas
En la celeste bóveda morían,
Y del pueblo entusiasta las oleadas
Tu cortejo triunfal interrumpían,
De noble palidez cubierto el rostro
Tu heroico pecho se espació arrogante,
Y con la fiesta popular gozabas
Al aplauso del pueblo Americano....
Al rumor del ruidoso clamoreo

Arrastrando al vencido soberano
Del Pueblo-Rey en la ovación gigante
Gozaba menos triunfador romano.

La rebelde á los hombres,
La no domada, audaz Naturaleza
Que fascinan tus ojos,
Te mira, gime, inclina la cabeza,
Y exclama, prosternándose de hinojos:
« El hombre es digno del augusto cetro
Con que rige los ámbitos del Orbe....
¡Que á la imagen de Dios sobre la tierra
El mundo altivo la cerviz encorve! »

De tu gloria pacífica disfruta,
Field inmortal, el merecido premio.
Nada interrumpe tu brillante hazaña,
La gratitud del pueblo te sublima,
La bendición del cielo te acompaña.
¡Goza, Genio del bien, goza del triunfo
Que con divino esfuerzo has conquistado!
Tu nombre ilustre vivirá en el bronce
Y en el mármol y el oro eternizado.
El mismo Dios desde su trono augusto
Á ti baja los ojos celestiales,
Y agitando la diestra omnipotente,
De su gloria con rayos inmortales
Un círculo de luz pone en tu frente.

EL TRABAJO

FRAGMENTOS

Il est encore des gloires à chanter.
BÉRANGER.

¿Un lauro?... ¡Yo también! Dentro del seno
Que se levanta ardiente
Siento la inspiración, como un torrente,
Despeñarse y hervir.... Ya no refreno
Su fuerza omnipotente;
Que al indómito ardor que me transporta
En vano, debatiéndome, resisto;
Como en vano la Pithia contrastaba
Al frenético Dios.... Ya delirante
Mi pecho fuego aspira....
Obedeciendo al genio que me inspira,
La cabeza impertérrito levanto;
Y aunque mi acento sofocado espira,
Me agito y lucho, y me revuelvo....¡y canto!

. . . .

En vano en fuego el Ecuador se inflama,
Que agrieta prado y huerta;
En vano el polo en su llanura yerta
Estéril hielo sin cesar derrama;
En vano en la desierta
Soledad del Sahara esparcen muerte
Arenales candentes y movibles....
El carey y la boa desafían
El ardor tropical; pieles velludas

El armiño y el oso
Del Bóreas cruel al hálito silboso
Oponen en los círculos polares;
Y arrostra el dromedario vigoroso,
En ondeante arenal, sólidos mares.

. . . .

Pero ¿qué oso decir?... ¿Dó me arrebata
La indócil fantasía,
Calumniando la gran sabiduría
Que comprendida más, más se aquilata?
¡Perdón de mi osadía!
¡Desheredado el hombre!... ¿El hombre libre,
Imagen de su autor? ¡Miradle inerme,
Pero ostentando la brillante aureola
Que la augusta razón pone en su rostro!
Alza la frente noble
Con la altanera majestad del roble,
Y cual risco que el mar en vano bate,
Domina osado con pujanza doble
La fuerza colosal que lo combate.

Esa debilidad que sin defensa
Condenarlo parece
Á cobarde impotencia, lo engrandece
Haciéndole abrazar órbita inmensa.
La lucha lo endurece;
Necesidad fatal hace que humille
Del trabajo á la ley libertadora
La altiva frente; y todo desde entonces
Con su indomable voluntad subyuga.

Las olas sublevadas
Contempla en su bajel despedazadas;
Y ajeno el pecho de letal desmayo,
En mengua de las nubes inflamadas
Desarma el cielo y aniquila el rayo....

. . . .

Todo al trabajo salvador invita
Como á ley inviolable.
Y ¡guay del pueblo que en quietud culpable
Y en enervante ociosidad dormita!
¡Mirad la feria estable
Del profanado golfo de Guinea!...
Allí donde sus ramos vigorosos
Extiende el boabab....con anchos ríos,
Profundos lagos y altaneros montes,
Bajo un sol esplendente,
Perfumes aspirando en el ambiente,
Selvático, feroz, sórdido, insano,
Parece herido en la tostada frente
De eterna maldición el africano.

Danle en vano sus tierras á porfía
Los frutos de más precio,
Que desdeña, con rudo menosprecio,
Su selvática y rústica apatía.
Opone al soplo recio
Del austro abrasador la piel desnuda;
«Derriba el árbol por lograr el fruto.»
Y rendido á medroso vasallaje,
Déspota en el hogar, siervo en la plaza,

Por esposas austeras
Adopta esclavas, yermos por fronteras,
Por víctima aceptable al menos fuerte,
Monstruos por dioses, por monarcas fieras,
Por código el terror, por juez la muerte.

Volved, volved ahora la mirada
Al país de ventura
Donde tiene en su templo la cultura
La estatua del trabajo entronizada.
El hombre se apresura,
De las campanas al primer tañido,
Á emprender la fructífera tarea,
Y del cincel responde al ruido leve
El sonoro golpear del rudo mazo.
Los rápidos vagones
Atraviesan del Nátchez las regiones,
Mil naves surcan el ruidoso puerto,
Y uniendo con un hilo las naciones,
La palabra veloz cruza el desierto.

Bélgica adorna los vistosos trajes
De altivas hermosuras,
Recamando las regias vestiduras
Con la espuma sútil de sus encajes;
Ricas manufacturas
Del algodón con las nevadas motas
Ofrece al mundo la insular Bretaña;
La incógnita Cathay hace que brote
Crujiente seda de capullos toscos;
Y allá do el Indo bebe,
Sus ricos chales Cachemira embebe

En índigo gentil, en verde arcilla,
Y en la soberbia púrpura que debe
Al punzante nopal la cochinilla.

Á Safo triste, á la feroz Medea
El escultor da vida:
El pintor á Natura sorprendida,
Aun con ser tan hermosa, la hermosea:
La musa excandecida
Del poeta conmueve al universo;
Vidas arranca á la turbada muerte
Hábil galeno; el químico profundo
Destroza el velo al sigiloso crimen;
Y la justicia armada,
Cual eléctrica nube desatada,
Truena en la voz del orador gigante,
Y arranca la inocencia encadenada
Al férreo brazo del poder triunfante....

¡Oh Cuba, oh patria!... ¡Si á mi acento rudo
Tan grave senda hollaras!...

. . . .

Ve desiertos tus bosques seculares,
Tus tierras despobladas,
Tus fáciles montañas nunca holladas,
Sin explotar tus próceres pinares....
¡Corre, pueblo, á bandadas:
Traza, desmonta, surca, siega, trilla,
Y abastece tus ávidos graneros!
Á la sierra oriental arranca el cobre,

El oro y plata al Escambray fragoso;
          El mármol, que altaneras
Encierran tus incógnitas canteras,
Talla con el cincel del estatuario;
¡Y opón á las industrias extranjeras
Apto competidor, digno adversario!

. . . .

Trabajo vencedor.—¿Qué no ha podido
          En su tenaz constancia
El humano alcanzar con la arrogancia
Que luchando y venciendo ha conseguido?
          Su audaz perseverancia
Convierte en mar el arroyuelo humilde,
Con férreos puentes los abismos doma,
Escruta las entrañas de la tierra,
Del éter mide la región vacía;
          Y rasgando el misterio
Con que se vela el cóncavo hemisferio,
Tanto su propia magnitud excede
Que, extendiendo la esfera de su imperio,
Se acerca á Dios....cuanto acercarse puede.

. . . .

Mas ya á la activa humanidad parece
          Del pastor trashumante
Fatigosa la vida, y el cortante
Dócil arado su fruición acrece.
          Allí, con hoz tajante,
Del trigo abate la cargada espiga;

Aquí la oliva pálida comprime;
Allá convierte en perfumado néctar
De la alta parra el liberal racimo;
Y de Groenlandia al Moro,
Para hacer más fructífero el tesoro
Que de la madre tierra arranca al seno,
Doma al caballo, disciplina al toro,
Subyuga al llama y domestica al reno.

Y no contento aún, vedlo marino
Y mercadante osado
Los rugidos del mar alborotado
Menospreciar por fin en frágil pino;
Al desierto abrasado
Lanzar sus caravanas incansables,
Y de Cartago á la remota Escitia,
De Tule á Gades, de Getulia á Menfis,
Trocar por los arábigos perfumes
Las lanas de Mileto,
Por el ébano grave y blando abeto
Joyeles ricos que la industria esmalta,
Y por la blanca cera del Himeto
La plata ibera y el coral de Malta.

. . . .

¡Pueblos, perseverad! No ya el trabajo
En degradante empleo
Se ve como el antiguo Prometeo,
Mártir eterno en escabroso tajo.
Á un regio devaneo
No se encorvan las castas deprimidas,

Ni espiran los obreros á millares,
Ni se elevan con ayes los colosos,
Ni se rompen con llanto las canteras.
          Tan viles tradiciones
Se hundieron del olvido en las regiones....
¡No hay espartanos ya; ya no hay ilotas!
¡Ni diezman á Israel los Faraones,
Ni humana sangre se derrama á gotas!

. . . .

Que en fin la humanidad engrandecida,
          Con manos liberales,
Adorna con laureles inmortales
Del obrero la frente ennoblecida.
          Con brazos fraternales
El hombre estrecha al hombre, y no sucumbe
El sabio ilustre en abrasante hoguera.
¡Milton y Shakespeare tienen mausoleos,
Franklin, Watt, Palissy tienen estatuas!
          Con firmes fundamentos
Se elevan al trabajo monumentos;
Y el genio vence su contraria suerte,
Conquistando con altos pensamientos
La gloria en vida y el panteón en muerte.

¡Y ved los frutos, ved! Á los tallados
          Montes artificiales
Por desnudos y míseros mortales
Al crujir del azote levantados,
          Á templos colosales
Monólitos de sólo una montaña,

Mayores obras nuestro siglo opone:
Húmeda arena, que en Edén convierte,
Arranca al mar en fatigosa lidia,
Con dique portentoso;
En las aguas del Míchigan famoso
Alza en el túnel colosal trofeo;
Taladra á Suez, suprime al Tormentoso,
Y al Arábigo mar lanza el Egeo.

¡Venced esos prodigios!... Agrupaos,
¡Oh pueblos decaídos!
Y haréis brotar mil rayos encendidos
De la infecunda oscuridad del caos.
Todos, todos unidos
En el congreso universal alcemos
Al trabajo tenaz himnos triunfantes.
¡Ningún reposo, obreros! Inflexibles
Prosigamos con alma decidida
La ruta comenzada....
¡Y la ciudad inerte ó estragada
Que á labor noble la inacción prefiera,
Por celeste anatema fulminada,
Viva en la infamia y en la infamia muera!

ZENEA

Juan Clemente Zenea («Adolfo de la Azucena») nació en Bayamo el 24 de febrero de 1832. Desde su primera juventud manifestó sus aficiones poéticas y su amor á la independencia de Cuba. Por haber escrito artículos á favor de ésta, fué desterrado. Deseoso de volver á la patria, partió de Nassau en un pequeño barco, desembarcó en las costas de Cuba, y fué sorprendido por un destacamento español. Al cabo de algunos meses de estrecha prisión en el castillo de la Cabaña, un consejo de guerra le condenó á muerte, y la sentencia se cumplió en la misma fortaleza el 25 de agosto de 1871.

Resulta de la triste existencia del poeta que su musa no tiene inspiración más que en el dolor. Los versos de Zenea son un verdadero modelo de poesía tierna y melancólica, y sus estrofas son casi siempre armoniosas y sonoras.

POESÍA

Yo andaba suspirando, lloroso y vagabundo,
En pos de una esperanza difícil de alcanzar,
Soñando con un cielo, viviendo en otro mundo,
Cual viven en los aires los pájaros del mar.

Pensé cuanto era bello querer y ser querido,
Y al lado de una hermosa cantar y sonreír,
En gratas confidencias hablarnos al oído
Y un beso y otro beso temblando repetir.

Soñé tener un seno que en horas de fatiga
Templase de mis sienes el incesante ardor,
Tener entre mis manos la mano de una amiga,
Ser dueño del perfume que brota de una flor.

Ansié pulsar el arpa y en emoción secreta
Decir en suaves notas las penas que sufrí,
Cantar como cantaba sus salmos el profeta
Al pie de un sicomoro del árido Engadí.

Al fin hallé en tus ojos la luz que ambicionaba,
Relámpagos de vida, centellas de placer,
La miel que en unos labios un ángel me guardaba,
La encarnación de un sueño, la voz de una mujer.

Tú fuiste en tal momento, mi pálida y modesta
Estrella que asomaba detrás de un nubarrón,
De un lago de aguas limpias en la ribera opuesta
En medio de los bosques, campestre habitación.

Y débote la dicha de haberte hallado el día
En que la tierna patria torné contento á hollar,
Cuando á la vez juzgaba que nadie me quería
Y traje enferma el alma de allende de la mar.

Transcurren desde entonces mis horas tan serenas,
Que á mi versátil suerte le pido por favor
Conserve el santo fuego que corre entre mis venas,
Que aliente y eternice tu bendecido amor.

SOBRE EL MAR

I am alone, alone! — BYRON.

Hinchaba el viento las lonas,
La quilla espumas hollaba,
Y en la popa tremolaba
Orgulloso el pabellón;
Y yo en la borda del buque,
Lloroso y meditabundo,
Llevaba en mi mente un mundo
De entusiasmo y de ilusión.

La gaviota pasajera
Las negras alas batía,
Y el sol entero se hundía,
Tras un cielo azul-turquí;
Y yo mirando al poniente
Suspiré en aquel instante,
Y al verme solo y errante
Me puse á pensar en ti.

Entonces ¡ay! como nunca
Conté mi tiempo perdido,
Y lamenté arrepentido
Mis ignorancias de ayer;
Y maldije aquellas horas
De perversas amistades,
Y las locas mocedades
Y el abuso del placer.

Me acordé de muchas cosas
Que ya olvidadas tenía,

Y de aquel hermoso día
En que yo te conocí;
Me acordé de aquellas noches
De baile y grato desvelo,
Y con la vista en el cielo
Me puse á pensar en ti.

Junto al mástil recostado
Cantando un marino estaba,
Que como yo se gozaba
En sentir y recordar;
Y devoraban las brisas
Sus quejas en el camino....
Que éste es el triste destino
Del que canta sobre el mar.

Hablaban los pasajeros
De sus patrias diferentes,
De las nubes esplendentes
Que pasaban por allí,
De alguna vela distante
Que hacia nosotros venía,
Y yo entre tanto, alma mía,
Me puse á pensar en ti.

Harto de penas y goces,
Vestida el alma de luto,
Juzgué que no daban fruto
Mis esperanzas en flor,
Y asido al árbol sagrado
De mis nobles pensamientos,
Te envié en alas de los vientos
Los suspiros de mi amor.

Apoyé la sien ardiente
En el hueco de la mano,
Y con la voz del Océano
Sosegado me dormí;
De mi ser apoderóse
Un dulce y suave beleño,
Y aun en los brazos del sueño
Me puse á pensar en ti.

Á FIDELIA

¡Oh! ¡cuánto diera por volver á verte!
¡Cuánto por contemplar tu faz hermosa,
Y embebecido en tu cariño tierno
Adorarte y morir! — Contraria suerte
Del lado tuyo me alejó, bien mío,
Como flor amarilla del invierno
Que el cierzo arrebató con soplo impío;
Y á pesar de la ausencia,
Á pesar de mis negros desengaños,
Aunque mande á olvidarte la experiencia,
Me enseña el corazón en ese instante
Que si el alma es constante,
La pasión no perece con los años.

¡Yo te amé! ¡yo te amé! ¡Tal vez no ignoras
Toda la intensidad de aquel afecto,
Que en turbulentas y apacibles horas
Siempre te tributé! — ¡Dulce y perfecto
Aquel cariño espiritual y santo,
En vez de declinar como debía,

Se sostiene con gotas de mi llanto,
Y lo siento en el alma todavía!

Si fuera cierto, mi Fidelia hermosa,
Que entre esa multitud de ingratos seres
Tú sola en este mundo me quisieras,
¡Oh! ¡cuánto bien me hicieras,
Y cómo al contemplarte tan piadosa,
Á mis húmedos ojos parecieras
La más buena y mejor de las mujeres!
Mas no hay algún marino
Que en ligero bajel tenga confianza,
Si la torva mirada del Destino
Señala en el peligro la esperanza.
Puedo tal vez en excepción notable,
Á despecho del tiempo y sus rigores,
Merecerte suspiros armoniosos;
Mas advierto que es tierra deleznable
Aquella en que fabrican los amores
Palacios caprichosos;
Y en la verdad que el desengaño encierra
Conozco que, en mediando la distancia,
Suele ser la constancia
Un pájaro que pasa por la tierra.

¡Si pudieras saber con qué tormento,
Al meditar en mi pasada historia,
Me entristece tu dulce pensamiento,
Y te amo más y más! — Vaga memoria
Conservo de tu imagen todavía,
Y al ver de tu cariño los despojos,
Víctima de letal melancolía,

Se me cubren de lágrimas los ojos.
¡Cuántos objetos bellos!
¡Cuántas prendas de amores!
¡Enredados se miran los cabellos
Entre las hojas de las secas flores!
¡Y burlando el poder del tiempo insano
De quien pudieron ser pobres juguetes,
En malhadados días
Contemplo los billetes
Que escribirme solías
Con bendecida y temblorosa mano!

¡Aun te acuerdas de mí! — La faz hermosa
Levantas afligida al firmamento,
Y en tu boca entreabierta y olorosa
Se armoniza mi nombre en un lamento.
Entonces te decides,
Rompiendo las cadenas de la duda,
Á enviarme en una flor de *no me olvides*
El corazón de una infelice viuda;
Y yo recobro mi ilusión perdida
Y con el alma de placer beoda
Contemplo en ti la esposa prometida,
Que á su ternura le pagó tributo
Ornando el blanco velo de la boda
Con negras cintas y crespón de luto.
¡Oh! ¡cuántas ocasiones,
Entretenido con tan grato sueño,
Disipé mis amargas aflicciones,
Y adivinando un porvenir risueño
Descansé del ardor de mis pasiones!
¡Y cuántas ¡ay! mientras con mano esquiva

Arranco de mi lira una querella,
Y me place saber que al éter suba,
Pensando á solas en tu imagen bella!
¡Busco en patria adoptiva
Un sol que brille como el sol de Cuba!
Mas no lo encuentro: en la celeste esfera
No hay luz, ni fuego, ni esplendor fecundo,
Ni hay grata melodía
En el lánguido hablar de una extranjera,
Ni hay amor como el tuyo, hermosa mía,
En cuanto abarca la extensión del mundo.

NOCTURNO

NOCHE TEMPESTUOSA

Murió la luna: el ángel de las nieblas
Su cadáver recoge en blanca gasa;
Y en un manto de rayos y tinieblas
El Dios del huracán envuelto pasa.

Llueve y torna á llover: el hondo seno
Rasga la nube en conmoción violenta,
Y en las sendas incógnitas del trueno
Combate la legión de la tormenta.

¡Qué oscuridad! ¡qué negros horizontes!
¡Qué momentos de angustias y pesares!
¡Ay de aquellos que viajan por los montes!
¡Ay de aquellos que están sobre los mares!

¡Cuántos niños habrá sin pan ni techo,
Que se lamenten de dolor profundo!
¡Cuánto enfermo infeliz sin luz ni lecho!
¡Cuánta pobre mujer sola en el mundo!

Salta preñado el río sobre el llano,
Y amenaza á los buenos labradores,
Y encuentran los insectos un océano
En el agua que rueda entre las flores.

Cansado el marinero, se arrodilla
En la cubierta del bajel errante,
Y en vano busca en la desierta orilla
El faro salvador del navegante.

¡Qué triste noche! — Y en mi hogar en tanto
Todo en el orden y en la paz reposa;
Duerme mi niña en su silencio santo;
Y se entretiene en su labor mi esposa.

Sentimos ella y yo las agonías
Que sufre el hombre de diversos modos;
Me acuerdo yo de mis revueltos días,
Y nos ponemos á rogar por todos.

APÉNDICE

Ya completa esta colección de poesías cubanas, ha aparecido el interesante volumen *Vida y escritos de Juan Clemente Zenea* por el conspicuo crítico cubano Sr. Enrique Piñeyro, y resulta oportunísimo transcribir aquí, con permiso del autor, los siguientes autorizados conceptos del primer capítulo de obra tan acabada:

« La isla de Cuba, á pesar de su reducida extensión, de su corta población, de las condiciones políticas adversas á todo libre desarrollo en que durante el curso del pasado siglo se ha encontrado, es, entre todas las regiones de América pobladas por españoles, una de las que más pronto se han creado personalidad literaria por medio de hijos eminentes que en verso y prosa han sabido expresar hermosos pensamientos, nobles y sinceros sentimientos. Su situación hasta ayer no pudo ser más abyecta: colonia militar de una nación en completa decadencia, de una metrópoli negada por ineluctable inmemorial atavismo á toda idea práctica de justicia política, de progreso económico, de tolerancia social, Cuba sin embargo ha sido madre fecunda de prosistas distinguidos, filósofos, novelistas, historiadores; madre sobre todo de bardos inspirados que la han cubierto de gloria inmarcesible.

Entre estos últimos brillan especialmente siete poetas, pléyade fulgente de su cielo, que florecieron en los días más negros y tristes de su historia, que escribieron antes de la lucha final por la independencia, y en cuyos versos se siente hoy palpitar todavía el corazón acongojado de la patria, se oyen los gritos de dolor, se sienten las ansias más secretas y profundas de la oprimida y atormentada colonia. Los siete, no obstante las diferencias individuales del carácter y el grado del talento, tienen un rasgo común, un lazo que estrechamente los liga, un mismo sentimiento que los llena y arrebata: amor ardiente de la libertad de la patria, odio irreconciliable á la dominación española. La indignación contra la injusticia secular ocupa sus almas, es el impulso, el móvil descubierto ó secreto, confesado á voces ó murmurado, según las circunstancias, de los actos y las palabras de todos.

De todos, menos de uno, excepción que confirma la regla, porque esa voz única no en cabal armonía con la de sus hermanos es la que con áurea lira acompañaba Gertrudis de Avellaneda, hija é hijastra de militares españoles, llevada á vivir á España en los albores de la juventud, allí unida sucesivamente en matrimonio á un empleado superior de gobierno, á un coronel en activo servicio, y seguidora leal de las opiniones de sus padres y consortes, cual era de esperar en mujer tan vehementemente afectuosa.

La suerte de los otros seis bajo el yugo humillante de aquella satrapía no pudo ser más lastimosa. Tres fueron perseguidos y condenados en consejos de guerra, y si José María Heredia, el cantor del Niágara, primero de todos por la fecha del nacimiento y la alteza de la inspiración, logró salvarse de las garras del tirano para vivir lejos de

los suyos en otras tierras, Gabriel Valdés y Juan Clemente Zenea murieron con las manos esposadas atravesados por balas españolas.

Rafael Mendive, que en el trato íntimo era tan dulce como en sus versos, pasó los diez años de la primera insurrección, ya viejo y enfermo, en un rincón de Nueva York sin recursos para sostener la numerosa familia, pues el gobierno, á él como á millares de cubanos, le tenía por precaución y sin forma de proceso embargados los bienes que en la isla poseía.

José Jacinto Milanés, el austero, el estoico, que había respondido con versos tan resignados al vate mejicano que le aconsejaba huir de la patria en busca de la libertad:

> Nunca comiendo el pan del emigrado
> Pensé cumplir con mi adorada Cuba . .
> Con ella iré mientras la llore esclava,
> Con ella iré cuando la cante libre;

vivió tranquilo sin ser perseguido, porque antes de los treinta años perdió la razón y murió á los cincuenta, de antemano sumido en noche profunda y tenebrosa.

Joaquín Luaces escribió en el período de marasmo é inacción que inmediatamente precede á los sucesos de 1868, y cohibido por las trabas impuestas al pensamiento hasta parecer huraño y suspicaz, vivió siempre oscurecido, apartado cuanto pudo de toda relación con las esferas oficiales, disfrazando en sus versos, bajo nombres y personajes bíblicos, clásicos ó simplemente extranjeros, la vigorosa pasión de libertad é independencia, que con más fuerza que en ninguno de los otros agitó su espíritu.

Zenea, el más joven de la pléyade, ofrece en sus versos y en las peripecias de su vida el cuadro completo del estado literario y político de Cuba de 1832 á 1871, fechas de su

nacimiento y de su muerte. Tomó parte desde muy temprano en algunas de las conspiraciones que brotaban y pululaban como generación espontánea del suelo de la patria; emigrado en los Estados Unidos contaba apenas veintiún años cuando fué condenado á muerte en la Habana como periodista enemigo de España. Amnistiado después, emigró voluntariamente á Méjico, y no volvió á los Estados Unidos hasta recibir la noticia de la gran insurrección iniciada por Céspedes en octubre de 1868. Á fines de 1870 penetró solo y por su propio esfuerzo, rompiendo el estrecho bloqueo, hasta el asiento de la república cubana, conferenció largamente con Céspedes y su gabinete, y cayó en seguida del modo más inesperado y al cabo de extraordinarios incidentes en poder de los españoles; conducido á la Habana, sepultado vivo en un calabozo, fué juzgado militarmente, sentenciado otra vez á la muerte, y por último ejecutado después de ocho meses de incomunicación estricta: catástrofe consumada de manera tan terrible que el gobierno mismo de la metrópoli reconoció después que el feroz militar de ella responsable había cometido la injusticia más tremenda.»

BIBLIOGRAFÍA

Aguinaldo Matancero, editores Betancourt y Tolón; Matanzas, 1847. Contiene algunas poesías de Heredia, Milanés y « Plácido.»

Album Poético Fotográfico de las escritoras cubanas, por la Srta. Da. Domitila García. — Dedicado á la Sra. Da. G. G. de Avellaneda; Habana, 1868.

América Poética, colección escogida de composiciones en verso escritas por americanos en el presente siglo; Valparaiso, 1846. Contiene algunas composiciones de Heredia, Avellaneda y « Plácido.»

América Poética, José Domingo Cortes; París, 1875.

América Poética, colección de las mejores composiciones escritas por los poetas hispano-americanos del siglo actual; editores Mendive y García; Habana, 1854.

Antología de poetas hispano-americanos, publicada por la Real Academia Española; Madrid, 1893; 4 vols.

Aparición y desarrollo de la poesía en Cuba, por D. Emilio de los Santos Fuentes y Betancourt; Lima, 1877.

Apuntes para la historia de las letras y de la instrucción pública de la Isla de Cuba, por Sr. D. Bachiller y Morales.

Beiträge zur Geschichte der spanisch-amerikanischen Literatur, von J. M. Gutiérrez; Jahrbuch für romanische und englische Literatur, 1861.

Biblioteca Hispano-Americana, catálogo de libros impresos en Méjico, Guatemala, Honduras, las Antillas, Venezuela, Colombia, Ecuador, el Perú, Chile, Uruguay, y la República Argentina; Londres, 1870.

Biblioteca Hispano-Americana (1493-1810); Santiago de Chile, 1898.

Canciones Cubanas, recopiladas por L. R. V.; Habana, 1879.

Canciones Cubanas, 3a edición; Habana, 1881.

Cantares de Cuba, D. Ramón de Palma en la Revista de la Habana, tomo 3, 1854.

Cartas Americanas, por Juan Valera; Madrid, 1890. Nuevas cartas americanas; Madrid, 1899.

Cromitos Cubanos, por Manuel de la Cruz; Habana, 1892. Esta obra tiene una bibliografía cubana.

Cuatro Laudes: Ramón Zambrana, José G. Roldán, R. M. de Mendive, y F. L. de Briñas; Habana, 1853.

Cuba Poética, colección escogida de las composiciones en verso de los poetas cubanos desde Zequeira hasta nuestros días. Directores: José Fornaris y Joaquín Lorenzo Luaces; Habana, 1858.

Diccionario Biográfico Cubano, por Francisco Calcagno; Nueva York, 1878. (La impresión fué terminada en la Habana.)

Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano; Barcelona, 1893.

Diccionario geográfico, estadístico é histórico de la Isla de Cuba, por Sr. D. Jacobo de la Pezuela; Madrid, 1866.

El Repertorio Americano; Londres, 1827.

Ensayos biográficos y de crítica literaria sobre los principales poetas y literatos hispano-americanos, por J. M. Torres Caicedo; París, 1863.

Ensayos biográficos y de crítica literaria sobre los principales publicistas, historiadores, poetas y literatos de la América latina, 2a serie; París, 1868.

Estudio sobre el movimiento científico y literario de Cuba, por Aurelio Mitjans; Habana, 1890.

Estudios y conferencias de historia y literatura, por Enrique Piñeyro; Nueva York, 1880.

Guirnalda Cubana; Habana, 1881.

La poésie castellane contemporaine, Espagne et Amérique, par Boris de Tannenberg; París, 1889.

La poesía lírica en Cuba. Apuntes para un libro de biografía y de crítica, por Martín González de Valle, Marqués de la Vega de Anzo; Barcelona, 1900.

La sensibilidad en la poesía cubana, por Nicolás Heredia; Filadelfia, 1856.

Literatura Americana, colección de artículos escritos por Antonio Batres Jáuregui; Guatemala, 1879.

Noches literarias en casa de Nicolás Azcárate; Habana, 1866, 2 vols. Tiene composiciones poéticas por Mendive, Zenea, y J. L. Luaces.

Obras literarias, filosóficas y científicas del Dr. Don Ramón Zambrana; Habana, 1858. Véase «Diferentes épocas de la poesía en Cuba,» páginas 87-143.

Parnaso Cubano, colección de poesías selectas de autores cubanos, desde Zequeira hasta nuestros días, por Don Antonio López Prieto; Habana, 1881.

Poetas de color, por Francisco Calcagno; Habana, 1878.

Revista de Cuba (1877-1884), dirigida por Don José Antonio Cortina. Esta publicación sacó á luz y reprodujo muchos trabajos de autores cubanos.

Revista Cubana (1885-1895), dirigida por Don Enrique José Varona. Fué una continuación de la anterior, y contiene también producciones de autores cubanos.

Revista de España, de Indias y del Extrangero, no 30, 18 de junio de 1847; Madrid. Tiene un artículo sobre la historia de la literatura en Cuba y Puerto Rico.

Revista Habanera, tomo III; Habana, 1862. — Fragmentos de un ensayo sobre la poesía de Cuba.

The Poetry of Spanish America, por W. H. Hurlbert, en North American Review, enero de 1849.

Viajes de D. Jacinto de Salas y Quiroga, tomo I, Isla de Cuba; Madrid, 1840.

AVELLANEDA

Poesías de Gertrudis Gómez de Avellaneda; Madrid, 1841.

Poesías de la Excma. Sra. Da. Gertrudis Gómez de Avellaneda de Sabater; Madrid, 1850.

Obras literarias de la Señora Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda, edición completa; Madrid, 1869-1871, 5 vols.

Poesías líricas de Avellaneda, en «Disertaciones» por Juan Valera; Madrid, 1878.

HEREDIA

Poesías de José María Heredia; Nueva York, 1825.

Selections from the Poems of Heredia, by James Kennedy; Habana, 1844 (English and Spanish).

Poesías de D. José María de Heredia; Barcelona, 1846.

Poesías de José María Heredia, Francisco Xavier Vingut, editor; Nueva York, 1853 y 1858.

D. José María Heredia, por D. Antonio Cánovas del Castillo, en la Revista Española de Ambos Mundos, Madrid, 1854; y en El Palenque Literario, tomo 2, Habana, 1878.

Obras poéticas de Don José María Heredia; edición de Nestor Ponce de León; Nueva York, 1875.

Poesías líricas de José María Heredia, con prólogo de Elías Zerolo; París, 1893.

LUACES

Poesías de Joaquín Lorenzo Luaces; Habana, 1857.

MENDIVE

Pasionarias de Rafael de Mendive; Habana, 1847.

Poesías de Don Rafael María Mendive; Madrid, 1860.

Poesías de Don Rafael María de Mendive, precedidas de un prólogo de Don Manuel Cañete y una biografía del autor por el Dr. D. Vidal Morales y Morales; Habana, 1883.

MILANÉS

Obras de José Jacinto Milanés; Habana, 1846, 4 vols.

Obras de José Jacinto Milanés, edición hecha por su hermano, Don Federico; Nueva York, 1865.

« PLÁCIDO »

Poesías de Plácido; Matanzas, 1838.

Poesías escogidas de Plácido; Matanzas, 1842.

Collection of the Poems of Placido (newspaper clippings and manuscript copies), by Dr. F. Wurdeman; 1845. Esta colección se encuentra en la biblioteca de la Universidad de Harvard, Cambridge, Mass.

Poesías de Plácido; Veracruz, 1845.

Poesías completas de Plácido, última edición, corregida y aumentada con algunas composiciones inéditas; París, 1857.

La poésie de Cuba et le poète Placido; le magasin de librairie, etc.; 1858.

Poesías completas de Plácido; edición hecha por D. S. A. de Morales; Habana, 1886.

ZENEA

Poesías de Juan Clemente Zenea (« Adolfo de la Azucena »), recogidas y publicadas por los redactores de las « Brisas de Cuba »; Habana, 1855.

Cantos de la tarde, por Juan Clemente Zenea: *Elegías, Poesías varias;* Habana, 1860.

Poesías completas de Juan Clemente Zenea: *Cantos de la tarde, Poesías varias, Traducciones, En días de esclavitud, Diario de un mártir;* Nueva York, 1872. Hay una segunda impresión sobre las mismas planchas, fechada 1874.

Vida y escritos de Juan Clemente Zenea por Enrique Piñeyro; París, 1901.

ÍNDICE

